

RICARDO SUMALAVIA



Retratos familiares

Serie Ficciones NARRATIVA

Retratos familiares

Serie Ficciones NARRATIVA

R I C A R D O S U M A L A V I A

Retratos familiares



Retratos familiares

Primera edición: noviembre de 2001
1000 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.
Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.
Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© Ricardo Sumalavia, 2001
Derechos exclusivos en Perú

© 2001 de esta edición:
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia, 1164
Lima 1 - Perú
Teléfonos: 330-7410, 330-7411
E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-446-4
Hecho el Depósito Legal: 1501052001-4281

Impreso en Perú - Printed in Peru

para Alberto y Julio

RETORNO

El contacto con aquella melodía fue único, breve y redentor.

Recuerdo haber llamado a un niño por su nombre. Era menudo, de cabello negro particularmente brillante y cantaba en el coro de una iglesia. La melodía provenía de él. Me acerqué y lo llamé Marcelo.

Marcelo era mi hermano.

Sigo el hilo de la madeja. La endeble e infante imagen de mi hermano se trans-forma y encarna hasta recuperar una espigada y concreta figura. Él me guía en la recomposición de mis partes. Soy una especie de minotauro abúlico, bastiado de este lugar, y mi hermano un salvador con el amor quebrado.

A mi retorno, Marcelo deja de ser niño. Ya no canta. Es él quien me saca del sanatorio. Al verme, se aproxima y me da un abrazo. No menciona palabra, pero en su rostro puedo advertir un reconocimiento. Abandonamos el lugar y cambiamos de reino.

SU DEPARTAMENTO NO se parecía en nada a nuestra antigua casa. Era pequeño y con paredes intensamente blancas. No hallé retratos que identificar ni objetos que pudieran contener cierta familiaridad. En las paredes predominaban un decorado exótico y varios lienzos dispuestos a contrastar con el blanco, sobre todo en la sala. Me atrajo en

especial una de las pinturas. Sobre un fondo verde agua, gruesas líneas negras delimitaban un estrecho cuarto de baño. En este se ubicaba de perfil una mujer desnuda. Ella estaba sentada. Usaba el cabello corto, color rojo, que apenas rozaba su nuca, retando su propia inmovilidad. La mujer no tenía un rostro definido. Sus hombros caían hacía adelante y los brazos se ocultaban entre unas piernas firmes. Las manos sostenían una palangana color mate con bordes azules. Su cintura y caderas anchas remataban en exageradas y macizas nalgas que descansaban sobre un inodoro también muy azul. La mujer se lavaba los genitales.

Marcelo se interpuso entre la pintura y yo. Muy exaltado, entre abochornado y jubiloso, dijo que lo había pintado en su taller hace unos años, antes de entrar a trabajar en la agencia de publicidad, y que tenía otros pendientes, en realidad prácticamente abandonados, pero que los retomaría pronto. Supe que lo de retomar la pintura lo había dicho sin pensarlo demasiado, como una excusa; pero, al oír sus propias palabras, estas cobraron certeza. Las repitió. Quise decirle que me agradaba enormemente su cuadro; incluso, creo, deseé posar mi mano en su hombro y bromear diciéndole que mujeres así no había visto antes, pero que palanganas de ese tipo sobran en nuestra antigua casa. Buscaba las palabras adecuadas cuando una muchacha entró al departamento y nos encontró parados en medio de la sala, sorprendidos y silenciosos como un par de tontos. Al finalizar aquel día, confirmé dos cosas: Marcelo aún mantenía el entusiasmo por la pintura como cuando niños y la muchacha que entró a casa era para amar.

Sandra era pareja de Marcelo y vivían hacía tres años en este departamento, en un edificio en Santa Cruz, muy cerca del mar. Inicialmente ella fue vecina de Marcelo. Toda su vida la había pasado en Santa Cruz. Mi hermano, en cambio, llegó aquí movido por sus deseos de ser pintor, por sus nuevos amigos, una bicoca por el alquiler y por la ausencia de nuestra familia. «Ya no se puede vivir en Barrios Altos. Está repleto de gente y se cae a pedazos», aseguraba entre chupadas de cigarros y movimientos de cabeza aprobatorios. Por

eso, cuando iniciaron su relación y ella insistió en continuar aquí, en el mismo departamento de mi hermano, él accedió sin discutir.

Yo llevaba viviendo unos cuantos días con ellos cuando Marcelo me preguntó:

—¿Recuerdas que en Barrios Altos vivíamos rodeados de iglesias y enormes campanarios?

Dicha pregunta, por su obvia respuesta, me pareció inconclusa; seguramente él me interrogaba por algo más. «¿Qué me quieres decir?», pensé. «Esto no es Barrios Altos. No hay iglesias cerca, solo una capilla espantosa a tres calles. ¿Por qué lo preguntas? Cómo me gustaría hacerte yo las preguntas». Pero me quedé callado; solo asentí y observé cómo estiraba los labios hacia el lado izquierdo, concentrando su mejilla carnosa, mal rasurada, para que, entre tenues pliegues, muestre, me demuestre, que no ha perdido ese único hoyuelo que lo acompaña en la tristeza.

En Santa Cruz las fuertes correntadas de aire me obligaron a refugiarme en mi habitación o en el cuarto que Marcelo había acondicionado como taller. Durante aquellos días me acostumbré a atisbar a través de las ventanas el cielo gris y un mar pardo. Sandra, según me aclaró Marcelo con mucha indulgencia, acostumbraba a correr las cortinas y abrir todas estas ventanas sin importarle la época del año. Si bien me habitué a esa gélida y húmeda vida, Sandra tuvo que hacer lo propio soportando graciosamente verme deambular por el departamento, envuelto en frazadas y con una gorra de lana. Ella optó por tomarlo como excentricidades de un hombre que se recuperaba de una crisis y sonreía cada vez que me asomaba. Marcelo estaba preocupado por ambos, pero prefirió sonreír como Sandra. Cierta día, mi hermano enfatizó que ella le había dicho que me aceptaba de muy buen grado. Se lo agradecí; aunque lo de *muy buen grado* me dejó intranquilo.

Todas las mañanas Sandra iba a trabajar. Ella, antes de besar a Marcelo y cruzar la puerta, a modo de despedida siempre me hacía

un gesto con la nariz, como un roedor que olfatea a su cría o a su eventual presa. Solo entonces yo podía ir al taller y conversar cómodamente con mi hermano. Dentro de ese pequeño espacio aprecié los encuentros con él. Marcelo se sentaba delante de su caballete y yo me recostaba sobre una mesa de trabajo. Charlábamos mientras él realizaba algunos trazos. Hablábamos de nuestros amigos y parientes, de todo cuanto podíamos recordar. Por momentos, su conversación parecía destinada a aclararme la mente con generosos silencios y una mirada expectante. Sin embargo, en otros, sus evocaciones eran íntimas y dolorosas. Únicamente cuando hablaba de Sandra, de su presente, dejaba de pintar y me miraba, buscando que yo le confirmara sus palabras y el amor que él sentía por ella.

No tardaron en pasar algunas semanas para que Sandra se atreviera a conversar conmigo. Al comienzo me entusiasmó su curiosidad. No era indiscreta y me permitía relatarle los pocos fragmentos claros de mi vida antes de la crisis. Yo hablaba mientras ella repetía «ya, ya» o «sí, sí», como si estuviera aprendiendo con mucha dedicación una lección de historia o recibiendo las instrucciones para hacer funcionar algún mecanismo. A veces su amabilidad podía llegar a exageraciones, como aquel día que me ofreció que probara todas las colonias de Marcelo. Sobre un tocador había una gran cantidad de frascos de distintos perfumes, todos ellos regalados por Sandra. Toda aquella tarde accedí a que me explicara cuáles eran los momentos propicios para cada fragancia. Y entre una de esas pruebas acercó su nariz a mi cuello, aspiró lentamente y, mientras retrocedía y me miraba a los ojos, dijo que me parecía mucho a mi hermano.

Marcelo abundó por aquellos días en cumplidos con Sandra. Fueron a muchas fiestas y restaurantes, como también a alguno que otro *vernissage* que le otorgaba a Marcelo una mayor cercanía a la pintura, la cual pretendía recuperar. Me agradaba verlos juntos; incluso creo haberle dicho a él que me hacían recordar las salidas de nuestros padres. Otras noches, él nos llevaba al cine o a las pastelerías, o se aparecía con latas de duraznos en almíbar y una botella de vino rosado.

Una noche decidimos quedarnos en casa y preparar una cena estúpida. Como Sandra no accedió a cerrar las ventanas, se descartaron las velas y quedamos iluminados por las débiles luces de dos lámparas de pie. Durante la comida Marcelo halagó excesivamente la buena sazón de Sandra para la cocina y después se dedicó a contar-nos chistes. Solo la comida o el vino, si es que no nos atorábamos, nos silenciaba brevemente antes de continuar riéndonos a carcajadas. Y cuando Marcelo anunciaba el título de algún chiste obsceno, Sandra se mordía nerviosamente el meñique para contener la ansiedad de reír y pedía «por favor, ese chiste no», pero mi hermano, por el contrario, se animaba todavía más a relatarlo. En una necesaria pausa, Sandra nos pidió un poco de seriedad. Solo pedirlo fue motivo de nuevas carcajadas. «Por favor, conténganse», insistió ella. Luego cogió de la mano a Marcelo, resopló y le propuso tener un hijo. «Una familia, Marcelo. Es el mejor momento», suplicó con ternura. Él tragó un sorbo de vino, lo suficiente para separar los labios, contener un acceso de risa y mostrar el gesto más ridículo y grotesco que le he visto dibujado en su cara. El rostro de Sandra perdió por un instante la armonía y, antes de desencajarse nuevamente, también bebió algo de vino, más que él, y después largó la risa; no sin dejar de mirar a Marcelo y, quizás, a mí.

Luego de algunas semanas, salí con Marcelo a recorrer las calles de Santa Cruz. Esto solo fue el inicio, pues mi hermano no tardó en percibir mi aburrimiento y desgano al ver unas calles que no significaban absolutamente nada para mí. Finalmente nos detuvimos en una esquina y abordamos un autobús que nos llevó a Barrios Altos. En nuestra primera salida caminamos recto por la calle Junín y llegamos a la Plaza Italia. Marcelo me pidió que nos quedáramos ahí, sentados en una vieja banca de mármol. Sacó una libreta y un carboncillo e inició unos bocetos. Primero fueron unos balcones, unos portales, y

al siguiente día empezó con unos ornamentos, también de mármol: fríos, amarillentos por la humedad, en su mayor parte quebrados y repartidos en esta plaza que nos devolvía un atávico desaliento.

Regresamos muchas veces a Barrios Altos, en especial a las calles del Centro de Lima. Marcelo continuó llenando su libreta, aunque muchas tardes la olvidó o sencillamente la quiso dejar en Santa Cruz. Fue una de esas tardes que él, por no tener nada en las manos y por simple reacción, recibió una tarjeta que le entregó un muchacho de rostro equino y atarantado. Nos detuvimos y la leímos con atención. La tarjeta era blanca y estaba manchada por los dedos del muchacho. Ofrecía *chicas jóvenes y tropicales en la calle Camaná 476 de 10 am a 10 pm*. Nos miramos divertidos y desconcertados por ese tipo de publicidad. Volteamos para ver al muchacho, pero este seguía caminando, poniendo más tarjetas manchadas en manos de otros transeúntes. Por último llegó a la esquina y se frotó las manos; las había repartido todas. Me volví hacia Marcelo, tomé la tarjeta de su mano y la metí en el bolsillo de mi pantalón.

Esa misma tarde, al regresar al departamento, hallamos la puerta cerrada por dentro. De la sala provenía una voz algo perturbada. Yo empezaba a imaginarme una discusión y quise pensar que se trataba de un forcejeo; pero Marcelo me dijo que era la voz de Sandra. «Quizás habla por teléfono», agregó. Me fue difícil distinguir palabras, solo era un rumor, una presencia doliente. Sin embargo, lo que me sorprendía aún más era que mi hermano no intentara entrar y averiguar qué sucedía dentro. Prefirió mantener la mano y su peso recargado sobre el pomo de la cerradura, con la respiración agitada y la mirada fija en la puerta, como si pudiera ver a través de ella. Pasado un rato los murmullos cesaron y el seguro de la puerta fue corrido. No entramos de inmediato; Marcelo mantuvo su mano en el pomo y aguardó a que su respiración recobrara su ritmo normal. Luego me enseñó una sonrisa mal dibujada y, con un movimiento de cejas, me indicó que debíamos entrar. Una vez dentro, vi todo en orden. Fui a la cocina por un poco de agua y dejé a Marcelo dirigién-

dose a su habitación, donde probablemente lo esperaba Sandra. Regresé a la sala esperando oír algo; pero nada, todo estaba en calma. La pintura de la mujer desnuda dominaba todo el espacio y yo me quedé ahí, inmerso, sin saber qué hacer.

Volvimos a encontrar la puerta cerrada dos o tres veces a la semana. Se hizo algo habitual, como también lo era estar los tres reunidos a la hora de comer. Sandra se mostraba risueña, con una aparente felicidad que solo puede dar la resignación o la agonía.

Mientras Marcelo y yo estábamos por las calles de Lima, en Barrios Altos, nunca hablábamos de Sandra; aunque estoy seguro de que, a pesar de las últimas tensiones en su relación, todavía la amaba. Preferimos conversar sobre nuestra niñez, los lugares que iba reconociendo, lo que había cambiado. Con frecuencia regresábamos de la Plaza Italia por Junín, pero una tarde le pedí que cambiáramos de ruta y fuéramos por Ica. Él no puso reparos y fuimos a dar justo al final de la cuarta cuadra de Camaná. Marcelo entendió rápidamente qué era lo que yo deseaba y aceptó entrar conmigo en busca de mujeres.

Era un solar ruinoso, con algunas puertas tapiadas y corredores clausurados. El mismo muchacho con cara de tarado que nos había entregado la tarjeta nos recibió en la entrada y nos indicó que las mujeres estaban en el segundo piso. La madera de las escaleras crujía a cada pisada, haciendo un gran ruido y sirviendo de aviso a las mujeres. Una de ellas nos esperaba al final de los escalones, saludando con cortesía y dispuesta a llevarnos al salón donde se encontraban las demás. No vi ningún rostro tropical como anunciaba la tarjeta; todas eran limeñas o se habían alimeñado lo suficiente como para marcar sus expresiones y exagerar con zalamería lo poco que sabían de cualquier cosa. La mayoría usaba ropas de baño o batas desvaídas y estaban sentadas en sillones que posiblemente habían rescatado de casas abandonadas. Casi susurrando, le dije a Marcelo que podíamos irnos si él no quería estar ahí; pero él me respondió: «Escoge y entra. Yo te espero aquí». Eso hice. Entré a una habitación con una mujer

bastante alta y achinada; aunque hubiera preferido a una muchacha que observé a cierta distancia, en la que reconocía algunos rasgos similares a los de Sandra, pero me contuve. Por la mirada que le echó Marcelo, noté que él también se había percatado de la semejanza.

Cuando salí de la habitación, no encontré a Marcelo. Una regordeta me dijo que lo esperara, que él había entrado con una de las chicas. Miré alrededor y tampoco hallé a la mujer que se parecía a Sandra.

Regresamos a casa sin hacernos preguntas ni comentarios, como se repetiría en adelante, por meses, entregándonos a la nueva rutina de visitar Barrios Altos, la casa de putas y al remedo de una Sandra que iba ganando belleza y esplendor mientras que la otra, la verdadera, parecía difuminarse entre los murmullos concentrados en el departamento de Santa Cruz, tras el pestillo asegurado de una puerta.

Los días que permanecíamos en el departamento los dedicábamos al taller. Marcelo empezó a darme clases de dibujo técnico. Disfrutaba ser mi maestro. «Te enseñaré a trazar paralelas con las escuadras», sentenció una mañana, convencido de que esa clase era la apropiada. Mientras hablaba, Marcelo trazó las dos líneas paralelas con solo deslizar una de las escuadras. Yo lo veía hacer. Luego se detuvo; pensó que podría enseñarme algo más y dispuso las reglas para trazar una tercera línea que cortara a las anteriores. Pero antes de que apoyara la inclinada punta de carbón sobre la cartulina blanca, le pregunté por dónde había que trazar esa línea.

—Por donde gustes; al final es lo mismo —me respondió.

Por mi parte, abocarme a este ejercicio hizo que mis pensamientos sobre Sandra, las dos, a pesar de continuar viéndolas, cobraran forma de recuerdos, menudos, entrecortados, algo perversos, cuando no cómicos. Si nos cruzábamos, ya sea con una por el ventilado departamento o con la otra entre la madera crujiente del solar, nos reíamos de nuestras presencias. Pero esta tenue simetría no se sostuvo más. Una noche soñé que Sandra y Marcelo discutían arrebatados. La

vi lanzando jarrones y botellas, cortando con un trozo de vidrio el lienzo con la mujer en el cuarto de baño, arrasando con todo a su paso. Mientras, él esquivaba los objetos, concentraba su fuerza y terminaba por tirar de un brazo de ella hasta hacerla caer al suelo, en medio de los destrozos, sometiéndola. Ella empezó a llorar y recogió las piernas hasta poder abrazarlas, pero Marcelo no se contuvo y la levantó con un fuerte impulso para tenerla frente a él y así poder abofetearla. Pese a esto, la Sandra del sueño reaccionó y se abalanzó sobre él con recobrada furia, incrustando las uñas en la cara de mi hermano y jalando hacia abajo hasta ver, satisfecha, unos jirones sangrantes. Marcelo logró arrojarla hacia atrás y se llevó las manos a la cara. Puedo decir que esa parte del sueño concluyó de esa manera, pues inmediatamente las imágenes se difuminaron y se fundieron en otras nuevas, menos importantes, incluso más absurdas.

Por la mañana descubrí que todo estaba en calma. Las cosas estaban en su lugar y el cuadro de la mujer estaba intacto. Marcelo salió de su habitación alisándose el cabello con ambas manos. Le pregunté si algo había pasado la noche anterior. Me contó que Sandra y él habían llegado al acuerdo de separarse y que ella se había marchado hace una hora.

—¿No pelearon? —lo interrumpí.

—No. No hubo necesidad; nunca hemos peleado.

No le conté mi sueño; se hubiera reído. Con un gesto me dio a entender que no le hiciera más preguntas al respecto. Ese día aseguré que me contaría otros recuerdos de familia y que continuaríamos con las clases de dibujo técnico. Y así lo hizo. El relato del día fue en verdad estupendo, espontáneo, como si lo estuviera viendo.

PUERTAS MARRONES

MI PADRE NUNCA ANSIÓ tener muchos amigos, pero los pocos que llegaron a frecuentar la casa lo hacían con un gran respeto y consideración a sus años como agente municipal. Y este aprecio siempre les fue devuelto como era debido. No era de extrañarse, entonces, que lo buscaran para comunicarle que don Félix, su amigo, había muerto. Le contaron que había sido arrollado por un auto en el jirón Carabaya, frente a su taller de imprenta, justo cuando salía acompañado por sus operarios. «Fue absurdo», repetían estos mirando a mi padre y viéndose entre sí, como sobrevivientes de una inadvertida batalla. Agregaron que don Félix murió mientras era llevado dentro del taller. La ambulancia ya había sido llamada, pero solo llegó para certificar la muerte de quien aún yacía sobre una mesa, entre letras de molde y pliegos de papel, a la espera del fiscal de turno.

Le dijeron a mi padre que por su condición de amigo él era el indicado para darle la noticia a doña Lucía y sus hijos. La familia de don Félix vivía en la calle siguiente, al final de una larga cuadra elevada, semejante a una pendiente, que se truncaba en una plazoleta frente a la Iglesia Santa Ana. Mi padre se mantuvo sereno. Aceptó el encargo y luego muy cortésmente les pidió a aquellos hombres que se retiraran. Mi madre y yo lo vimos caminar hacia su cuarto y reaparecer con una casaca azul encima. Mi madre no lloró, pero su tristeza era evidente. Ambos intercambiaron una rápida mirada. Cuando mi

padre subía el cierre de su casaca, se dirigió a mí y ordenó que me alistara, que iba a acompañarlo a la casa de la señora Lucía. Mi madre intervino y le sugirió que no era una buena idea; pero él ya estaba junto a la puerta marrón de nuestra casa, esperándome. Me alisté lo más pronto posible y, antes de cruzar la puerta, mi madre me pasó la mano por el cabello, alisándomelo, y me dijo que no peleara con los hijos de Lucía. Asentí y fui a reunirme con mi padre, quien tenía un par de metros avanzados.

Los hijos de la señora Lucía eran una pareja de doce y diez años. A ambos les gustaba cantar y eran obesos. Quien mejor cantaba era la muchacha, la mayor; realmente sorprendente. El otro, a pesar de su edad, corporalmente era bastante desarrollado y sus cuerdas vocales no le respondían de manera tan sublime como a su hermana. Los dos usaban anteojos de gran medida y con gruesas monturas de carey negro que por aquellos años no era muy usual entre los jóvenes y niños. Sin lugar a dudas, la elección provenía de la madre, ya que ella usaba unos iguales. Ella, Doña Lucía, sin alcanzar la obesidad de sus hijos, era una mujer rolliza y atractiva. Tenía una cabellera larga, lacia y castaña. Aún hoy puedo imaginarla con las tupidas pecas en su rostro, concentradas bajo sus pómulos.

Mi padre y yo nos detuvimos justo en medio de las dos hojas del portón. La entrada a aquella casa era una gran puerta marrón de madera vieja y picada por las polillas, que, sin embargo, por ser tan gruesa y repintada, no perdía su solidez. Era de aquellas puertas que no se pueden tocar con los nudillos, sino con la palma de la mano. Observé a mi padre humedecerse los labios repetidas veces, como si nunca fuera suficiente para hablar con claridad. Bajó la cabeza en un par de ocasiones y masculló algunas palabras, repasando quizás lo que diría. Fue en la segunda ocasión, mientras mi padre tenía la cabeza inclinada, que la señora Lucía abrió el portón y se quedó quieta, sorprendida, mirando a mi padre.

Detrás de ella estaban sus hijos. La mayor, Cynthia, limpiaba meticulosamente sus anteojos con el extremo de su blusón rosa. Para

ella la sorpresa fue todavía mayor porque no pudo reconocernos sin sus gafas puestas. Observé a su hermano Elías y no encontré en él ninguna reacción. Nos miraba con indiferencia.

Fue notable ver a mi padre erguirse de inmediato y saludar a la familia de su amigo. Mientras él hablaba, iba avanzando hacia el patio, obligando, a su vez, a retroceder a la señora Lucía y sus hijos. No recuerdo con exactitud qué le dijo a aquella mujer, lo cierto es que ambos atravesaron el patio y entraron a la sala de la casa por una puerta angosta. Creo recordar en ella un penoso gesto de angustia.

El patio, aunque no muy espacioso, era una magnífica extensión de la casa. Estaba adornado por frescas plantas de grandes hojas que se erguían en macetas igual de grandes. Varias puertas, todas marrones, rodeaban este patio. Cada una correspondía a un ambiente distinto: a la sala, la cocina, un baño y dos que supuse daban a las habitaciones de Elías y Cynthia, y a la de sus padres.

Cuando nos quedamos solos, los tres permanecimos en silencio. A los hermanos parecía no importarles la visita de mi padre; solo Cynthia, por un instante, trató de agudizar su debilitada vista por una de las ventanas que daba a la sala. Pronto desistió y se volvió hacia mí. Pensé que me diría algo, que me interrogaría por nuestra presencia, pero no fue así. Alzó los brazos y de inmediato me rodeó con ellos, dándome un fuerte estrujón. Yo me encontré completamente inutilizado y sin aire. Traté de echar la cabeza hacia atrás, pero aún así sentí su respiración caliente y agitada. Atenazado y confundido como estaba, no atiné a librarme del abrazo. No había imaginado antes que Cynthia tuviera los senos tan desarrollados para su edad. Supongo que la curiosidad hizo que me rindiera por unos momentos. Luego la escuché soltar una risita que resonó como el chillido de un ratón y me apretó todavía más contra su cuerpo.

Su hermano le ordenó de repente que me soltara. Solo entonces, ante las palabras de Elías, los brazos de ella fueron cediendo hasta finalmente abandonarme. Al verme librado, él me cogió de los cabe-

llos y tiró de ellos en un violento vaivén, hasta hacerme caer cerca de la puerta del baño. Me puse de pie instintivamente, muy rápido, y, al verlo venir, no dudé en meterme al baño y trancar la puerta. Estaba muy oscuro adentro; no obstante, preferí no encender la luz, quizás pensando que así me protegía o a lo mejor escapando de la expresión ridícula que debía tener reflejada en el espejo de aquel lugar. También recuerdo que de la redecilla del sumidero se escapaba un olor acre que se espesaba y mezclaba con aromas de jabones y desinfectantes. No tenía intenciones de salir de allí, pues me encontraba aturdido, con la cabeza adolorida y muchas ganas de llorar. Pegué el oído a la puerta para saber si ellos me obligarían a salir. No oí nada. Sin embargo, por esos intentos pude escuchar algo, descubrí un haz de luz que atravesaba la puerta y que salía de un diminuto agujero que me permitió ver qué era lo que hacían ellos afuera. El susto y el dolor me abandonaron enseguida; saber lo que sucedía en el patio me tranquilizaba, solo tenía que observarlos y esperar a que mi padre me llamara.

Por el agujero únicamente podía ver a uno de los dos hermanos. A ratos parecían discutir; en otros, era como si se estuvieran poniendo de acuerdo. En ningún momento miraron a la puerta del baño. Pasado unos minutos, Cynthia fue hacia una de las puertas, la que debía ser su habitación, supongo, y, recostada sobre esta, empezó a cantar. Lo hizo con un tono bajo y cadencioso, como si preparara la voz para un esfuerzo mayor. Repentinamente y sin poder verlo, escuché la voz de Elías. Su voz era aflautada pero sabía cómo hacerla agradable. Ambos ensayaban una canción que solían entonarla en las reuniones que mi padre y don Félix organizaban para sus demás amigos. Recordé que los sábados el padre de estos niños los llevaba puntualmente donde un profesor de canto. Y aquél día era sábado. Cynthia y Elías cantaban siguiendo la pauta imaginaria del maestro, pero cantaban para sí mismos, exigiéndose tonos verdaderamente difíciles de alcanzar y mantener. Como solo podía ver a Cynthia, observé su rostro encendido y perlado de transpiración. Imaginé a Elías de la misma manera, quizá también recostado sobre su puerta. A veces cantaban a dúo, otras se alternaban y siempre eran inmejorables.

Tardé unos minutos en darme cuenta y descubrir que por las infladas mejillas de Cynthia corrían lágrimas. Ella se las iba limpiando con el dorso de su mano. Pese a esto, su voz no se quebró en ningún momento ni el tono decayó. Solo concedió que la melodía se abriese como un velo, en una pausa que duró un segundo larguísimo, dejando un silencio propicio para escuchar unos gemidos de placer entrecortados que provenían de la sala, donde se encontraban mi padre y la señora Lucía. Estos ruidos se hicieron más agitados, interrumpiéndose a ratos por balbuceos que no alcancé a oír.

El velo se volvió a tender: la voz de Cynthia continuó con lo suyo, esforzándose por cantar lo mejor posible. Yo me encontraba concentrado en todo ello, tratando de comprender lo que hacían mi padre y la señora Lucía, cuando un estrépito proveniente del otro lado del baño me obligó a reaccionar. Como todo estaba oscuro, no entendía qué pasaba ni de dónde provenía aquel alboroto. Sorpresivamente la ventana del baño se abrió y vi a Elías introduciéndose con inverosímil agilidad. Escuché sus resoplidos mientras se colgaba de manos del marco de la ventana. Agitaba sus piernas rápidamente tratando de encontrar un punto de apoyo, pero no pudo resistir más y cayó al pie de la bañera, dando un quejido bastante extraño, semejante a un agónico animal. Entonces intenté salir de allí. Reaccioné muy tarde, él ahora me tenía sujeto del cuello de la camisa. Abrió la puerta del baño y me llevó hacia el centro del patio. Seguía con sus resoplidos y se mostró sorprendido de escuchar a su hermana todavía cantando. Le gritó que se callara, pero ella no le hizo caso. Cantaba. Y ya ni siquiera se cuidaba de secarse las lágrimas. Elías me arrastró hacia Cynthia, tratando de cogerla con su mano libre. Apretó aún más mi camisa y jaló de ella. Luego me soltó y recién entonces Cynthia dejó de cantar. Los tres dirigimos la mirada a la puerta de la sala y vimos salir a la señora Lucía y a mi padre. Detrás de aquellas gafas tan gruesas se veían diminutos los ojos de la señora Lucía. Estaban irritados de tanto llorar y miraban al suelo. En ese momento no me di cuenta de la vergüenza que albergaba en su mirada. Sus

hijos fueron hasta ella y la tomaron de las manos. Observaban a su madre con aflicción. Después se dirigieron a mí, como si tuviera que ser yo quien les explicara lo que sucedía. Ante mi silencio, cambiaron de expresión y me vieron con desprecio.

Mi padre dijo que era hora de marcharse y me hizo una seña para salir.

Salimos a la calle y desde allí escuché a la señora Lucía hablándoles a sus hijos. No pude oír qué les decía, solo contemplé sus rostros bañados en sudor. Luego, aunque le fue difícil, mi padre se encargó de cerrar el portón y no pude ver nada más.

LA OFRENDA

OLENKA ESTABA PREPARANDO sus maletas cuando recibió la carta. Despegó los bordes del sobre y lo abrió con cuidado, sin romperlo, y extrajo una hoja delgada de papel, de esas donde se copian moldes de manualidades o se envuelven chocolates o galletas de la suerte. La letra del texto era irregular: a veces inclinada a la izquierda, ancha y moldeada, otras a la derecha, con prisa, y algunas caprichosamente verticales. A ella no le costó descubrir que la cambiante caligrafía se determinaba por el propio mensaje que se había trazado. Después de tanto dato trivial y formulismos que anteceden a las desgracias, llegó a las letras verticales. En ellas leyó que su padre, o Javier, como aparecía en el papel, se hallaba muy enfermo. No continuó leyendo. Se dijo que aquello era una patética ironía. Esa misma mañana había recibido una llamada telefónica desde Lima que le informaba que su padre había muerto. Se llevó la carta al rostro y se cubrió con ella como si fuera un pañuelo. No quiso pensar ni decir nada; solamente aspiraba el recién percibido olor a canela que emanaba del papel.

Recién en el avión rumbo a Lima pudo darse cuenta de que había dejado olvidada la carta sobre la consola, en la sala de su departamento. Y por más que intentó, no consiguió recordar una sola pala-

bra, ni siquiera aquella caligrafía tan curiosa que finalizaba con la rubrica de Marina, mujer de su padre. Lo único que permaneció en ella era el olor a canela. «Debe ser de Marina», pensó. «Supongo que es un olor perfecto para una mujer de su edad». Sonrió por esa ocurrencia. Solo la había visto un par de veces: en el momento que le fue presentada por su padre y el día en que ellos se casaron. «En aquella ceremonia estuve cerca de él por última vez», recordó.

Luego del entierro, Olenka se obligó a pensar que todo había terminado. Las condolencias, los saludos, los abrazos y despedidas de los amigos y familiares que dejó de ver por muchos años se habían sucedido apaciblemente. Fueron pocos los que trataron de indagar por la estadía de ella en el extranjero. Y gracias a las formalidades como respuesta, pronto Marina y Olenka consiguieron estar a solas. Regresaron juntas a casa y se quedaron en la sala, descansando sobre unos mullidos sillones con muchos cojines de plumas. Ellas, a su manera, estaban rendidas. Marina inclinó su cabeza, la apoyó en el respaldar del sillón y se durmió rápidamente. «Estará muy cansada», pensó Olenka, arrebujándose en su sitio, abrazando uno de los cojines, también cediendo al sueño con facilidad. Cuando despertó, no pudo evitar que sus movimientos también despertaran a la esposa de su padre. Ambas se asombraron de lo tarde que era. «Pronto anocheceará», dijo Marina.

—¿Por qué no vamos al café *Los Montes*? —propuso Olenka, sorprendiéndose ella misma de hacer aquella invitación y de recordar tan fácilmente el nombre de ese lugar.

Al principio Marina no supo qué decir, pero terminó aceptando. Fueron a la cochera y en medio de risas nerviosas aceptaron que ninguna de ellas se atrevería a conducir el auto de Javier (Olenka se incomodó de llamar a su padre por su nombre delante de Marina, pero era una costumbre que no abandonarían). Marina cerró las puer-

tas del auto, no sin un ligero estremecimiento ante cada portazo: echó las llaves sobre una mesa y salió con Olenka hacia la calle, dispuesta a tomar un taxi. Durante el camino charlaron sobre los procedimientos que le continúan a los entierros. Se pusieron de acuerdo en que era necesario que Olenka se quedara unos días en la casa, hasta encaminar los trámites de la repartición de los bienes de su padre. Después permanecieron en silencio hasta llegar al café.

Ocuparon una mesa en el segundo nivel del establecimiento por sugerencia de Olenka: un espacio pequeño y cálido. Marina tomó la iniciativa y habló con soltura. Mencionó diversos nombres, personas que se vinculaban directamente con Javier. Aunque le costaba cada vez más prestarle atención, Olenka trataba de escucharla. Tenía la impresión de que algún conocido en su infancia, sin idea alguna de lo sucedido a su padre, entraría al café y le haría muchas preguntas sobre el actual estado de su familia. Para evitar esta distracción, captó un nombre al azar, Miguel, y preguntó:

—¿Quién es Miguel?

—Fue el secretario de tu padre..., de Javier —corrigió Marina—. Lo conoció hace tres años en la universidad. Era su alumno. Al parecer no era el mejor de la clase, pero Javier siempre lo vio tan metódico y convincente en sus apreciaciones que pronto se hicieron amigos. No fue de extrañarse esa amistad; era natural que a su edad Javier se proyectara en aquel muchacho.

—Parece que lo sacaste de un tratado de psicología —Olenka intentó una broma, una pésima broma.

—Lo sé.

—¿Se lo dijiste a Javier en algún momento?

—No. No fue necesario. —Marina se acomodó en su asiento, tomó un sorbo de café y prosiguió:— Lo cierto es que se convirtió

en su secretario. Yo ya no estaba para esas cosas y necesitaba más tiempo para mi trabajo en la revista. La idea me pareció perfecta. Miguel iba a la casa por las tardes, de tres a seis, y se encargaba de los archivos. Siempre fue muy meticulado y no permitió que ningún papel se quedara sin catalogar ni fichar. Con su ayuda, Javier consiguió en un año recopilar y corregir muchos ensayos dispersos y decenas de conferencias, que se publicaron en ediciones impecables, también al cuidado de Miguel.

—Por lo que me cuentas, ya podría detestar a ese joven —interrumpió Olenka.

—Celos de hija única —dijo Marina, con poco convencimiento.

—Cosas que se aprenden, ¿qué le voy a hacer?

—Es curioso, Javier una vez también dijo que podía aprender ciertos sentimientos.

—¿Y cuándo lo dijo?

—Después de que aparecieran sus publicaciones; cuando Miguel empezó a frecuentar la casa acompañado de una chica, Estela.

—No me digas más. ¿Tuviste celos de esa Estela?

—Algo que aprendí de tu padre.

—Vaya, estamos a mano.

—No tan rápido, cariño. No tan rápido.

—...

—Estela es una muchacha realmente disparatada. Siempre anda en líos increíbles. Hasta ahora no sé cómo se le ocurrió a Miguel llevar a esa chica a la casa y menos a Javier aceptarla. Bueno, en realidad, sí sé la razón. Ella es muy simpática —Marina se calló para aclarar la imagen que estaba recordando.— Eso, tiene mucha simpatía.

—¿Acaso no es bonita?

—Fíjate que no. Pero tiene a todos de vuelta y media. En la casa le dictaba a Miguel los informes y apuntes que Javier garrapateaba horas antes. Parecía que entre ellos había un acuerdo de adolescentes para mantener a esa muchacha leyendo aquellos papeles con una dicción de primaria. Yo los miraba hacer esas chiquilladas desde mi escritorio. Y cuando ellos terminaban sus trabajos, los tres se ofrecían para llevar y recoger mi correspondencia de la casilla postal. Solo Javier regresaba. Digamos que esa fue su rutina durante mucho tiempo. Sin embargo, por esos mismos días, hubo otro cambio; la salud de Javier se quebrantó y le empezaron a sobrevenir una serie de malestares que lo anulaban muy pronto en su trabajo. Visitamos muchos médicos, pero no conseguimos un diagnóstico preciso y su deterioro fue irreversible. Su único momento favorable era en el estudio, con la presencia de Miguel y Estela. Ni siquiera daba sus clases en la universidad.

—¿Fue entonces cuando murió?

—Así es. Ese día yo estaba en mi escritorio terminando de cerrar algunos sobres mientras Javier me observaba, contemplativo, sin escribir una sola línea. Miguel y Estela aún no habían llegado y todo parecía mantenerse en quietud. Terminé de sellar el último sobre y, al levantar la mirada, descubrí a Javier desfallecido al pie de su mesa de trabajo. Me levanté temblorosa y avancé con torpeza. Quise llegar hasta él pero me desmayé de pronto. Cuando recobré el conocimiento había mucha gente desconocida en el estudio. Pregunté por Javier y me contestaron de la peor manera que habían querido llevarlo a una clínica, pero que había muerto en el camino. Otra vez sentí desvanecerme y, recién entonces, me di cuenta de que Miguel y Estela me sostenían de los brazos.

Al salir del Café *Los Montes* caminaron unas cuantas calles. Llegaron hasta muy cerca de la universidad donde Javier había sido profesor y

Marina dijo que era probable que Miguel se encontrara por ahí. Y, en efecto, él apareció en su auto por una avenida principal. Olenka reconoció haberlo visto en el velorio y el entierro, a una prudente distancia de los familiares. Se acercó a ellas y se ofreció a llevarlas. Olenka, sin embargo, se negó instintivamente y dijo con amabilidad que prefería caminar un poco más.

—Ve tú —le dijo a Marina, y continuó caminando sin esperar una respuesta.

Olenka bajó por las escaleras y se dirigió directamente al estudio. Recién había despertado de una siesta y quiso leer un poco, sentada en el sillón que solía ocupar su padre. A través del vidrio de la puerta pudo ver que Miguel se encontraba en el estudio y de nuevo experimentó aquella sensación del día anterior al salir del café, cuando descubrió que él no era ningún muchacho, como lo calificaba Marina. Era un hombre delgado, alto y sumamente atractivo. También resaltaba una ligera inclinación de su cuerpo hacia delante que se pronunciaba por un cigarro siempre en los labios.

—Hola —dijo Olenka con voz muy baja, tratando de no sorprenderlo. Él estaba colocando unos libros en el estante.

Miguel volteó e hizo una exagerada reverencia. «Hola», escuchó ella; pero no era la voz de él, era Estela. Estaba hundida en el sillón de su padre, jugando con sus dedos en un rítmico traqueteo sobre el escritorio.

—Ella es Estela, mi amiga.

—¿Cómo estás? —Olenka supo muy bien que con la presencia de esa muchacha nada marcharía adecuadamente. Decidió salir de ahí de inmediato y agregó: solo quería escoger un libro.

—Toma uno de estos. Son muy buenos —dijo Estela, mostrando varios libros apilados sobre el escritorio cerca de ella. Olenka se

aproximó, tomó un título cualquiera y salió del estudio. Al llegar a las escaleras, un repentino vértigo la obligó a sostenerse de la baranda. Enseguida le sobrevinieron arcadas que difícilmente pudo contener. Aspiró una gran cantidad de aire y solo entonces pudo librarse del intenso olor a canela que había brotado de Estela.

Uno de los días en los que Olenka se pasaba gran parte de la tarde leyendo en el estudio, llegaron Miguel y Estela. Ella, en un impulso, salió por la puerta que da al jardín y se recostó en la pared, ocultándose cerca del marco de aquella puerta. Estuvo allí lo suficiente para escucharlos hablar de trivialidades, quedarse en silencio mientras Miguel ordenaba unas fichas, discutir, forcejear un poco, oír los resoplidos de él y las canciones que Estela tarareaba. En el momento que Olenka por fin optó por rodear la casa para poder entrar nuevamente, se detuvo en un raptó de curiosidad y echó una mirada al estudio. Entonces los pudo ver haciendo el amor sobre la tupida alfombra, acompasadamente. El atisbo solo duró unos segundos; no obstante, en ellos Olenka descubrió, entre la redondez y firmeza de los pechos de Estela, una insólita protuberancia callosa. Era un corpúsculo turgente que de modo extraño armonizaba con los movimientos de Estela e imantaba los deseos de Miguel, atrayéndolo embriagado hacia una inusitada ofrenda.

Esta visión obligó a Olenka a retroceder unos pasos. Todavía perturbada tuvo que sujetarse del alféizar para evitar un traspíe. En este intento dio media vuelta y halló a Marina en un extremo del amplio jardín, recostada en una tumbona, viendo con calma la escena. Marina solo atinó a agitar el brazo, como cuando se saluda o despide.

El teléfono timbró repetidas veces antes de que Marina levantara el auricular.

—Es para ti, Olenka. Miguel quiere hablar contigo —dijo mientras tapaba la bocina con una mano.

—¿Conmigo? ¿Y qué quiere?

—¿Cómo voy a saberlo? Toma, habla.

—¿Sí? Hola... Dime... Claro, cómo no... ¿a las cinco te parece bien?... perfecto entonces... ¿Y Estela?... Ya, entiendo... Hasta luego, pues —dijo Olenka y colgó.

—Miguel vendrá a las cinco. Quiere charlar un rato.

Aunque Marina no le dio importancia a lo que ella le decía, Olenka se sintió algo estúpida por haberle dado explicaciones.

—Marina.

—Dime.

—¿Tú escribiste la carta para comunicarme que Javier había enfermado?

—No. Javier no quiso que te enteraras, pero Miguel y Estela me dijeron que no me preocupara, que ellos se encargarían de avisarte.

A continuación, Marina abrió un cuaderno, anotó algunas frases, después unas cifras y se detuvo a examinarlas con detenimiento. Olenka la dejó en lo suyo y subió a su cuarto.

Olenka y Miguel fueron hasta la terraza para sentarse en unas sillas de mimbre que circundaban una frágil mesa redonda. Allí encontraron una jarra de limonada muy fría y un recipiente con galletas. Sonrieron, pues sabían que se trataba de un detalle de Marina.

—No podía esperar nada menos de Marina —dijo él.

—Yo tampoco. Aunque, la verdad, todavía no sé cuánto pueda esperar de ella; yo la he tratado muy poco.

—Ocho años fuera de Lima es demasiado, ¿no crees?

Ella se admiró por la impertinencia del comentario, pero no quiso hacer notar su malestar.

—Tienes razón. Es mucho tiempo y creo que me lamento de ello— respondió mientras intentaba coger una galleta del recipiente.

Miguel movió la cabeza aprobando todo lo que ella decía e inmediatamente dirigió el rumbo de la charla hacia otros temas. A Olenka le pareció una treta muy obvia, pero prefirió continuar con esta. Se dijo a sí misma que disfrutaba la compañía de este hombre.

Hablaron varias horas. Al entrar la noche se habían terminado las galletas y la limonada. Ella fue a la cocina en busca de una botella de vino que luego bebieron entre anécdotas risibles y maledicencias sobre personajes públicos de la televisión. Olenka lo escuchaba atenta a la desmedida gestualidad con que Miguel acompañaba sus palabras. No obstante, entre copa y copa, cuando él echaba su extenso cuerpo hacia atrás para reírse y después lo retornaba a su habitual inclinación, Olenka no pudo evitar que se presentaran ante ella fugaces imágenes obscenas de él, manipulando y disfrutando la deformidad de Estela.

Miguel le propuso ir a un restaurante concurrido y cercano. «Conviene cambiar de ambiente», le precisó. Ella solo aceptó con la condición de descorchar otra botella de vino y beber unas copas.

—Es un trato —aseveró él—. Voy a la cocina a traerlo de inmediato. No olvides que yo conozco esta casa mejor que tú.

Se puso de pie y se mostró descomunal y cómico ante aquella mesa tan pequeña. Él dijo algo gracioso y, moviendo sus hombros en un paródico baile, fue a la cocina. Olenka, movida por un arrebatado de ansiedad, no quiso esperarlo y resolvió darle el alcance. Las luces de la casa aún no habían sido encendidas y ella tropezó con

todo. A cada tropiezo daba pequeños gritos nerviosos que intentó ahogar tapándose la boca.

—Por aquí— gritó Miguel desde la cocina.

Ella llegó hasta la puerta y se apoyó en el quicio. Buscó el interruptor y, apenas se iluminó el lugar, dio una rápida mirada dentro. No logró encontrarlo. Tampoco se inquietó; ni siquiera al dar unos cuantos pasos y advertir de inmediato que las pisadas de Miguel se detenían detrás de ella. Se mantuvo quieta, alerta y divertida; aguardando ser tomada. Intempestivamente él la sujetó de los brazos, la llevó hacia una pared blanca y lisa y la obligó a apoyar la mejilla, los pechos y el vientre en aquella superficie fría. La mantuvo cercada con su cuerpo. Ella sentía que le restaba el aire, que la iba hundiendo en un sopor que solo se iría disipando mientras él se frotaba en ella. Luego él le permitió girar y pronto, sin dejar de besarse, entre las ansias y la agitación, se libraron de algunas prendas. Él, siempre sosteniéndola de las nalgas, la levantó hasta su altura y le permitió a ella encaramarse, separando las piernas y acoplándose con furor; consiguiendo su deseada posición entre la pared y el cuerpo de Miguel. Solo entonces Olenka empezó a morderse los labios y presionarlos a cada movimiento brusco de sus caderas, disfrutando del ritmo que le proponía.

De repente, en medio de las turbulencias de su cuerpo, Olenka consiguió percatarse de que alguien entraba a la cocina. Ella no mostró ningún azoramiento al descubrir que era Estela quien se les aproximaba pausadamente, sosteniendo un cuchillo en una de sus manos. Prefirió continuar sus movimientos con el mismo goce, con esa oscura furia contenida, y no alertó a Miguel. Ambas se observaron. Olenka, ya sin control de sí, separó los labios y bajó la mirada con debilidad, hasta detenerla en el punto donde debía estar la turgencia en Estela, en medio de ese pecho agitado. Luego la vio levantar el brazo, tomar impulso y dejar caer todo su peso sobre el cuchillo que se iba enterrando en la espalda de Miguel, con aparente lentitud y seguridad. Él parecía no entender lo que sucedía, ni aceptar el cre-

ciente dolor. Todavía quieto, sus ojos permanecieron interrogantes hacia una Olenka extasiada. Él quiso decirle algo, pero su cuerpo quedó suspendido. Ni siquiera pretendió voltear; tan solo se exigió un último intento para concentrar sus fuerzas y sostenerse en pie unos cuantos segundos más. Finalmente sus ojos se entornaron y empezó a desvanecerse. Estelá no se detuvo a contemplarlos; se marchó con naturalidad, sabiéndose observada por Olenka, que aún embriagada se dejaba arrastrar hasta el suelo por el inmenso cuerpo del hombre; prefiriendo quedarse inmóvil y sin voluntad, como abrigada por la piel de un gran oso.

LOS CLIMAS

DOS O TRES VECES AL día, al terminar de escribir los artículos y antes de las correcciones, me escapaba hacia mi casa, a solo un par de calles de la redacción del periódico, para tomar una ducha, comer alguna fruta y hacer soportable *mi verano*. Los compañeros de sección, incluso el jefe, estaban enterados de estas fugas diarias y, pese a esto, nunca hubo ningún tipo de reproche. Únicamente recibía sonrisas burlonas o complacientes. Estaban bien enterados de que mis fugas no se debían al verano limeño en sí, una ridiculez comparado con los trópicos, sino a mi afectado organismo y sus caprichos por exacerbar ciertos sentidos al límite. Desde niño, y repetidas veces, he sido expuesto a la burla de los demás cuando me descubrían en medio de escalofríos y aterido durante una mañana fresca y ventilada, o chorreante y ahogándome por un sopor imaginario en días de débil estío. Por fortuna, mi escrupulosa puntualidad y eficiencia en la entrega de artículos encomendados servían de muro de contención ante posibles arremetidas de infaltables escritores que anhelaban mi puesto. Hacía tiempo que la calidad de mis escritos no se discutía, para mi bien. Además, las bromas sanas de mi amigo Carlos respecto de mis ausencias siempre aligeraban las tensiones que pudieran suscitarse. Fue él quien habló de *mis climas*. Ponía al tanto a los nuevos y les relataba, con gran afán, historias, todas inventadas, por supuesto, que fueron construyendo un particular mito a mi alrededor, convir-

tiendo en excentricidades y manías del oficio de periodista lo que era, al fin y al cabo, efectos de una precaria salud.

Después de una prolongada ducha, yo permanecía en pantalones cortos, recibiendo el aire frío de los ventiladores y leyendo algún libro o revista. El departamento que ocupaba estaba en el tercer piso de un pequeño edificio. Y por la disparatada disposición de las escaleras, corredores, departamentos y del edificio mismo, en una bulliosa calle de jirón Huancavelica, el eco de las voces de los vecinos rebotaba por todos lados y siempre me distraía de la lectura o la siesta vespertina. Generalmente las voces provenían de mujeres, amas de casa que charlaban en los descansos de las escaleras, en continuos relevos a medida que avanzaba el día. De todos modos prefería esta monótona distracción al griterío infantil, que por suerte era nulo o escaso. Los pocos niños del edificio gustaban de ir a las plazuelas y parques. Era de esperarse, en este edificio no había espacio para nada.

Mi rutina en este departamento ya no presentaba complicaciones. A menudo me cruzaba con algunas de mis vecinas mientras entraba al edificio y subía las escaleras. Las saludaba con cortesía y me dirigía hacia mi departamento, dejándolas a mis espaldas en un silencio que se rompía apenas cerraba la puerta. Aunque no caeré en la poca provechosa vanidad de proponerme como tema de sus conversaciones después de haberme visto, no puedo negar que mi trabajo y la mínima imagen pública, en mi caso, que esta encerraba, eran conocidos por todos en el edificio —un vecino, inclusive, llegó a proponerme que redactara y publicara una crónica sobre sus andanzas pueblerinas como distribuidor de cervezas—.

En cuanto a las mujeres, las otras, las que llegaron a casa y fueron amadas en su momento con la intensidad y los calores de mi extraño organismo, fueron facilitadas —esa es la palabra exacta— por Carlos. Él se aparecía con jóvenes universitarias muy dedicadas y decorosas en sus costumbres, pero ocultando preferencias algo oscuras en la intimidad, y a las que se me encomendaba iluminar u oscurecer-

las aún más. Jamás se me ocurrió preguntarle a Carlos cómo las contactaba y convencía de nuestras supuestas dotes reveladoras. Cierta vez, sin embargo, una de estas jóvenes dejó entrever que era la hermana de Carlos, universitaria también, quien a través de un riguroso y solapado cuestionario, las detectaba y seleccionaba. Aunque me habría gustado, nunca llegué a conocer a la hermana de Carlos o a lo mejor ella, anónima como algunas, también me visitó. Si bien no distaba en edad de esas muchachas, era inevitable que esos pocos años de diferencia entre ellas y yo actuaran desfavorablemente y me obligaran, primero, a adorarlas y rendirme ante ellas, y después a precipitar el derrumbe de estas heroínas. Estas mujeres, debo aceptarlo, dejaban cicatrices en la fugacidad: leves, penosas, que en un hombre como yo afectaban por acumulación.

Cierta tarde de relativo sosiego —no esperaba a ninguna chica, ya que Carlos estaba encomendado a cubrir las noticias en el norte del Perú y yo estaba en *mi otoño*— escuché voces de mujeres jóvenes. No tarde en dejar la lectura y asomarme al ojo mágico de la puerta. Pude ver, efectivamente, a dos chicas conversando en el descanso entre el segundo y tercer piso. Sus cuerpos se veían alabeados a través de la concavidad del ojo mágico; y, pese a ello, la belleza de una de ellas era indiscutible. Corrí a cambiarme y salí rápido de mi departamento. Ellas continuaban allí. Llevaban bolsas cargadas de objetos caseros, que me revelaron que vivían en el edificio y el ojo mágico no me había engañado, la más joven era preciosa. Bajé por las escaleras y las saludé con la misma soltura y respeto de siempre. Para mi beneficio, en ese preciso momento subía una de las vecinas conocidas. La saludé también y noté que se respiró confianza cuando la señora, y luego las otras dos mujeres, me respondieron al saludo. La mujer que me atrajo vestía como todas las demás amas de casa del edificio y, lo que en aquellas era prenda justa, en ella era un sugestivo disfraz. Su modelada figura y caderas gentiles parecían no armonizar con su rostro pequeño y de expresión infantil, pero esta era una combinación que me exaltaba y acuciaba por ser más atrevida. Por suerte, comprendí

de inmediato que no debía excederme y que lo mejor era marcharme antes de hacer evidente mi interés. Salí del edificio y fui a la tienda de abarrotes. Como tenía que comprar algo y disponía de dinero, aproveché en abastecerme de comestibles para una semana. Sin pensarlo, había dado un gran paso. De regreso al departamento volví a encontrar a las mujeres en el mismo lugar. Ellas se interrumpieron para mirarme o, más exacto, para mirar mi bolsa tan llena como las que traían ellas. Nunca pensé que esos detalles domésticos podrían cambiar el curso de una posible relación. Nadie habló. Solo nos hicimos señas de reconocimiento e intercambiamos sonrisas.

La encontré de nuevo una semana después. Estaba en la misma tienda de abarrotes donde yo hacía mis compras. No la acompañaba su amiga ni había ningún otro cliente, únicamente un niño muy pequeño que la sujetaba de la mano. Como no hubo modo de ocultar mi sorpresa, el abarrotero y ella me miraban expectantes, me dirigí directamente al niño exclamando frases como: «¡Qué criatura más linda!», «¡Este caballerito se ve muy fuerte!», «¡Qué serrote se pone!» El niño me dio una mirada de insatisfacción, soñolienta. Alcé la vista y la madre, no había duda de que lo era, me sonrió complacida por las atenciones a su hijo. Nos saludamos. Luego cometí el error de presumir ante el abarrotero, exagerando una locuacidad que no poseo. Inicialmente él me observó con un extraño mohín, pero después nos atendió soportando mis absurdas sentencias cada vez que nos entregaba un producto. No conseguía contener mis impertinencias e incluso estuve a punto de comprarle un chocolate al niño y, peor aún, a la madre. Si me contuve, fue porque, como si despertase de un sueño, noté que ya bordeaba el colmo del desatino.

¿Qué me turbaba tanto? ¿Por qué exageraba mi actuación? ¿Por qué actuaba? Todas estas preguntas se desmadejaron apenas salimos del establecimiento. Me las volví a repetir mientras buscaba con la mirada algo superficial, un punto donde se concentraran las respuestas. Me detuve en el rostro del niño. Tendría unos cuatro años y su aspecto mostraba docilidad y cierto aire de distracción. Su expresión,

sin embargo, estaba hecha de retazos de la madre, de una mujer que me interesaba vivamente. Esta imagen, estos gestos trasladados de la madre al hijo, no solo significaban para mí, como es natural, una extensión de la madre, sino también una inconsciente manera de cancelar los de la mujer. Consideré una terrible insolencia que este niño se pareciera tanto a la madre y que su belleza heredada perdure y sobreviva a la de ella. Solo pude tolerar la posibilidad de que acaparara el amor de la madre; pues ya me encargaría yo de obtener el amor que deseaba de ella.

Mientras regresábamos al edificio, ella me contó, sin que yo se lo preguntara, que su esposo estaba trabajando en los Estados Unidos desde hacía dos años. Hizo una pausa tratando de animarse a decir lo que yo empezaba a sospechar. Haciendo ademanes como que no tenía importancia y que era historia vieja, me confirmó que la relación con su esposo había terminado poco antes de que viajara. No se atrevió a hablar más de él, solo quiso aclarar, para evitar malentendidos, que él le enviaba dinero y que aún no se resolvía el divorcio. Lo rescatable de su confesión fue poder descartar, al menos públicamente, la existencia de un actual amorío.

Le resumí mi labor de periodista, aunque nunca me haya gustado hablar de ello, y ella demostró mucho interés, quizás porque me dijo que nunca leía los diarios. Al final sentenció:

—¡Qué buen trabajo el tuyo, casi no parece trabajo!

No era una ofensa y por lo tanto no lo tomé como tal. Eso sí, le expliqué el motivo de mis escapadas de la redacción; no quería que piense que era un ocioso gacetillero. Para mi sorpresa y gusto, me contó que tenía un primo con el mismo problema. Que ella lo llamara *problema* no me gustó. Lo dejé pasar y le pregunté:

—¿Entonces él también tiene *sus climas*?

No me entendió. Tampoco quise aclarárselo. Estábamos por subir las escaleras y recordé que yo todavía no sabía su nombre. Le

aclaré que no pensaba decirle *señora* siendo tan joven y después de habernos tuteado desde el principio. Ella hizo el mismo silencio dubitativo de antes. No comprendí por qué.

—No podemos seguir hablando sin saber nuestros nombres, ¿no crees? —insistí.

—Mi hijo se llama Fermín y yo soy Isabel.

—Encantado de conocerlos —dije con jocosa parsimonia—. Espero verlos a menudo.

Así sucedió. Desde ese día estuve atento a todo ruido en las escaleras y espiaba constantemente por el ojo mágico de mi puerta. Debido a este entusiasmo mis estancias en casa se fueron prolongando cada día más. Y aunque el jefe de redacción aún bromeaba por mis huidas, pude percibir que tras esas risas albergaba algún descontento. No hice nada para corregir esto. A Carlos, que estaba de regreso, le prohibí que llevara más universitarias al departamento. Y él, como buen amigo que era, acató al instante. De esta manera se iniciaron los encuentros con Isabel, y con Fermín cuando no se quedaba jugando con los hijos de una vecina. Pero estos continuaron siendo breves y de charlas intrascendentes.

Al cabo de un mes llegamos a considerarnos amigos. El culpable de que deriváramos en esa estrecha amistad fui yo. Creo que mi primer error fue aceptar oír sus confesiones. Quejas familiares, de amigos, de un pretendiente que había surgido y desaparecido no sé cómo, llegaron a mis oídos. Quizás para otros esta amistad ganada sea el camino conveniente para el amor; para mí, por el contrario, me petrificaba a la mayor distancia. Igualmente persistí hasta hallar el momento propicio de darle media vuelta a esa amistad. Por lo pronto, nos reunimos algunas veces en un café cercano, nunca más de media hora y solo en las mañanas. Pienso que los chismes de los vecinos, malintencionados o no, me hubieran ayudado en mi propósito. No oímos ninguno.

Una mañana Isabel tocó mi puerta. Traía a Fermín entre brazos y estaba agitada. Me suplicó que cuidara a su hijo mientras iba a encontrarse con su suegra. Me dijo que no llevaba al niño simplemente porque no quería que esa mujer lo viera. Le reproché su modo caprichoso de actuar.

—Además — le precisé —, en menos de una hora debo estar en la redacción.

—Suficiente — me enterró la palabra con una enorme sonrisa.

Se despidió y dejó a Fermín con un pequeño maletín azul de donde sacó crayolas y un cuaderno para colorear. Me sorprendí de la tranquilidad y desparpajo de este niño para, antes de ponerse a pintar, recorrer todas las habitaciones. Yo me encontraba bastante nervioso y solo atinaba a hacer preguntas que él respondía sin entusiasmo —no cometí la crueldad de preguntarle por su padre, tampoco me interesaba—. Le serví un poco de helado y su semblante cambió. Entre sorbo y sorbo me hacía una mueca de agrado. Terminó su ración y volvió a las crayolas.

Sus cejas enarcadas eran idénticas a las de Isabel, pero mientras en ella yo descubría un signo de ternura y deslumbramiento, en él vislumbraba un obstinado desapego. Fui al escritorio y regresé con unas cuantas hojas en blanco. Le di una a Fermín y le pedí que me retratará. Yo, a su vez, cogí otro papel, tomé una crayola y empecé a bosquejar su rostro. Al parecer él lo asumió como un desafío, porque arrimó su cuaderno, fijó el papel y empezó a dibujar.

De rato en rato detenía mi dibujo y lo veía hacer. Él también me daba unas miradas y volvía al papel. El tiempo transcurrió y pronto le insté a cotejar dibujos. El mío contenía unas cuantas líneas boceteadas, creo yo, con cierto éxito. A él le gustó y rió mucho. Lo que él me mostró, en cambio, fue un monigote gigantesco recargado de colores en el cual solo pude reconocer mi lunar en la frente. Yo no debía esperar más de Fermín, sin embargo, me desilusioné. Él no esperó

mi opinión y emprendió un nuevo dibujo. Esta vez el monigote resaltaba mis facciones más pronunciadas, especialmente mi nariz y las cejas. Aprobé el dibujo, pero ahora era Fermín el insatisfecho. Tomó un tercer papel y me observó detenidamente. «Estás camino a la perfección», pensé decirle. Sus primeros trazos me aclararon que no era yo el motivo de su dibujo. A lo que fue dando forma era un edificio muy alto, con una banderita en la azotea. Por la rapidez, me di cuenta de que tenía práctica haciéndolo. Era su dibujo predilecto.

—¿Ya no me vas a dibujar? —lo interrogué. Sin quitar la mirada del papel, movió la cabeza negando.

—¿Por qué? —insistí.

Levantó los hombros de un modo muy cómico y luego los dejó caer dando un fuerte resoplido, como si yo no entendiera algo que para él era bastante obvio. Lo que estaba claro era la gran facilidad que tenía Fermín para entristecerme.

Como Isabel había asegurado, vino a recogerlo antes de la hora. Me agradeció reiteradamente y, aunque tratara de disimularlo, se fue muy perturbada. No fue difícil imaginar que la suegra la citara solo para mortificarla. Isabel ya me había comentado respecto al mal carácter y las imposiciones de esa mujer. Yo no quise indagar más sobre ese asunto. Tenía otras preocupaciones con respecto a Isabel y sentía que el tiempo transcurría en mi contra. El inescrupuloso tiempo y las posibilidades desvaneciéndose sin más.

Marcia, sin sospecharlo siquiera, apareció y dio un giro a mi relación con Isabel. Ella era una amiga de infancia de Isabel que por esos días reanudaba sus visitas amicales dispuesta a escuchar las lamentaciones que yo desde hacía poco pretendí eludir. Fuimos presentados el día que Isabel me invitó a subir a su departamento. Era la primera vez que entraba en él. Aquella invitación y la excesiva confianza entre ellas

me hicieron sentir inoportuno y desarmado. Gran parte de la conversación la dedicaron al niño. Fermín era motivo de algarabía y entre ambas lo cargaban y besuqueaban.

—Es una bendición —le dijo Marcia.

—Sí, lo es —confirmó Isabel, complacida.

Al rato Fermín se acercó a mí con crayolas y papel. Entendí su propuesta pero no estuve de ánimos para dibujos. Fermín me gruñó y se fue a uno de los sillones desocupados a usarlo como mesa de dibujo. Isabel me contó, con voz engolada y orgullosa, que Marcia integraba un coro universitario. Ella con una venia y una sonrisa lo confirmó. «¡Universitaria!», pensé. Salvo la edad, ella tenía todas las características de mis antiguas y fortuitas visitantes —Carlos y yo, en el colmo de nuestro cinismo, habíamos elaborado una lista, enumerando todos estos rasgos—. Recuperé el aplomo y empecé con unas preguntas de rigor —también en lista—. Si bien sus respuestas se empantanaban en la ambigüedad, ella creyó salir airosa de mi interrogatorio e inició, consciente de mis intenciones, un coqueteo descarado. Respondí a todas sus insinuaciones esperando alguna reacción en Isabel; solo eso, un mínimo indicio, remoto, que me permitiera dirigir la atención hacia ella. Isabel habló, al fin. Le contó a Marcia lo de mi sensible reacción al calor y al frío. En sus palabras percibí como afloraba la intención de hacer burla, de caricaturizarme. Cómo disfruté de su mueca ridícula, de su exagerado movimiento de manos. En aquel momento una frase cariñosa no me hubiera proporcionado mayor delicia. Me dejé abrumar, callé, fingí sentirme avergonzado y me fui a jugar con Fermín. Él me dio una crayola y un espacio en su hoja de papel.

Isabel no tardó en moderar su ataque e intentó congraciarse conmigo a través de bromas risueñas. Yo permanecí sin hablar. Marcia, tratando de ayudar a su amiga, me invitó a una de las funciones del coro en el anfiteatro de su universidad. Acepté y, tras pedir disculpas, les dije que tenía que volver a la redacción.

Lo que pasó después precipitó lo que tanto ansiaba. Su origen partió de otro error; una ingenuidad mía, la de suponer que Isabel también asistiría al espectáculo ofrecido por el coro donde cantaba Marcia. Al menos, pienso ahora, pude haberle consultado por teléfono, pero hubiera sido un signo de debilidad que no me podía permitir después de cómo salí de su departamento. El día previsto pasé por la redacción, corregí mis textos, puse al tanto de todo a Carlos y fui directamente al anfiteatro. Todos allí eran estudiantes. Aguardé en vano a Isabel. ¿Qué esperaba yo, que ella viniera con Fermín en brazos a esas horas de la noche? Confieso que hasta el último instante la imaginé llegando apresurada y sola. No llegó. El mejor asiento que conseguí fue gracias a un repentino disidente que abandonó una butaca en la primera fila. No tardé en sentarme y corrieron el telón. El coro estaba compuesto en su mayoría por jóvenes embutidos en divertidos atuendos. Divisé a Marcia detrás de una muchacha regordeta. No me cupo dudas, ella era la más atractiva. Desde que empezaron a cantar supe que no ofrecerían lo mejor, si es que había algo mejor, y que debía buscar la manera de no aburrirme. El esfuerzo era tremendo, pues los potentes reflectores iluminaban únicamente el escenario, sumiendo al resto en la oscuridad y la modorra.

Entonces, oculto como estaba por la contraluz, observé a Marcia con deleite. Al finalizar un popurrí, los cantantes se reagruparon y la gorda le dio mejor ubicación a Marcia. A pesar del traje color melón de pésimo gusto, pude verla de cuerpo entero, bien proporcionada y de sugerentes movimientos. Por último, mi complacencia se vio colmada al observar el suave y contenido bamboleo de sus caderas al entonar una canción tropical.

Luego de la entrega de flores y los aplausos obligados, el público salió con el aire distraído y confuso que siempre hay en estos eventos. Algunos nos quedamos en la entrada del anfiteatro. Creí tener la obligación de agradecer la invitación de Marcia y la esperé. No tardaron en aparecer los primeros integrantes del coro. Uno de ellos, una muchacha de mejillas llenas de pecas y con un ramo de rosas entre las

manos, se aproximó a unos estudiantes con quienes yo había compartido la fila. Ellos la recibieron con un aplauso y la muchacha, después de repartir besos graciosamente con las puntas de los dedos, los saludó y les dijo que desde el escenario los había visto hacerle todo tipo de maromas y señales y que por poco le hacen olvidar la letra de una de las canciones. «¿Cómo era eso posible?», me pregunté. Algún reflector lateral, con una débil pero suficiente luminosidad, nos habría alumbrado y mostrado nuestras caras desde los asientos. Eso significaba que Marcia me había visto observarla. Ella, como invocada por mis pensamientos, apareció en ese instante. Nos saludamos y la vi muy risueña. No hizo ningún comentario que me delatara. Así lo hubiera hecho, yo estaba dominado por una poderosa fuerza, de aquellas que provienen de la desesperanza. Mi decisión fue rápida e inquebrantable: fuimos a cenar, charlamos y bromeamos, caminamos por algunas calles oscuras y en sus rincones nos besamos. Todo fue lo suficientemente vertiginoso como para terminar yendo a un motel discreto y disfrutar de la espléndida entrega de Marcia.

Mientras marcaba el número telefónico de Isabel, pensé algunas frases que pudieran ser apropiadas. Ninguna me convenció. Decididamente, las alternativas escasearon después de haber pasado la noche con Marcia.

Del otro lado de la línea contestó Fermín. Le pregunté por su madre y él respondió llamándola de un grito. Creí que había dejado la bocina, pero su respiración y un repetido chasquido de la lengua me confirmaron que seguía ahí. Oí la voz de Isabel, lejana, que le interrogaba por la llamada. Fermín le dijo mi nombre sin soltar la bocina. Seguramente Isabel pensaba que yo estaba hablándole al niño. Mi silencio se debía a que yo sentía una gran vergüenza ante Fermín.

Estaba desesperado por oír la voz de su madre y no me atrevía a hablar.

—¿Puedes pasarme con tu mamá? —dije al fin y con esfuerzo.

—¿Tienes dibujos de leones? —la pregunta me sorprendió y yo solo atiné a repetir «leones».

—No le hagas caso —dijo esta vez Isabel.— Hoy despertó preguntando por leones a todo el mundo. ¿Cómo estás tú?

Me sentí como si ella también preguntara por los leones. A duras penas pude pronunciar las palabras.

«Las benditas palabras», como invocaba mi padre cada vez que le urgía decir algo y no sabía cómo. Pero las palabras siempre llegaban a sus labios y él las sabía aprovechar muy bien. Siempre me recomendaba lo mismo: aprovechar de las palabras y usarlas con pertinencia, especialmente con las mujeres. Sé que esa recomendación era sumamente imprecisa y obvia, pero continuamente la tenía en cuenta, junto con otros consejos tan ampulosos y extraños, como si en el fondo me dijera «busca tus palabras y arréglatelas como puedas».

¿Algún día Fermín se enteraría de estas cosas por boca de su padre?

Como ya lo dije, me costó hablar y aún más insistir en ver a Isabel. Acordamos reunirnos en su departamento al mediodía. Debía esperar un par de horas para la cita. Me pregunté si Marcia ya había hablado por teléfono con Isabel. Aunque esta pregunta pudo ser el inicio de una serie de conjeturas que me atormentarían, me obligué a rehuir de ellas. Me dije que lo más conveniente era actuar sin pensar en Marcia. ¿Actuar? Sí, eso hice. Actuar cuando llegué a la casa de Isabel (con el rostro turbado); actuar mientras hablaba de amor, cuando sentía amor; actuar al tomarla por la cintura y besarla y besarlos, cuando en verdad ansiaba tocarla y respirar su aliento. La felicidad se alcanza de muchas y a veces insignificantes maneras; esta era una de ellas.

Marcia tuvo un comportamiento extraordinario cuando se enteró de mi iniciada y seria relación con Isabel. Ambas continuaron tan amigas, o más que antes —este comentario es algo vanidoso, lo ad-

mito—. Y se unieron más a partir de las continuas llamadas telefónicas de la suegra de Isabel. Yo opté por no averiguar que sucedía. Me distanciaba de esos problemas como lo hacía del calor y del frío. Es aquí, en medio de la felicidad, donde mis recuerdos se ven enmarañados y desvanecidos por un solo y desgarrador hecho. ¿La felicidad se olvida? Solo puedo hablar de ella con torpeza, referir con incompetencia y parquedad mis días junto a Isabel.

Toda evocación se ve forzosamente dirigida a una tarde en los inicios del verano, cuando sofocado al extremo abandoné la redacción y fui al departamento, queriendo ver a Isabel. La hallé en la entrada principal del edificio, sentada en los primeros peldaños de la escalera, llorando desesperadamente. Aplastaba las mejillas entre los barrotes de la baranda. Se aferraba a ellos. Tenía la mirada extraviada y los ojos muy abiertos. Su cuerpo se agitaba por los espasmos del llanto. Marcia estaba junto a ella y también lloraba. Isabel, al verme, intentó decir algo, pero su llanto ahogaba sus palabras y no pude entender nada. Marcia trató de calmarla y luego me explicó que Fermín había desaparecido, que lo había dejado unos momentos para que juegue en el corredor del edificio y después no lo vieron más. De pronto Isabel se levantó y corrió de un lado a otro. Yo la seguí. Pude detenerla y la abracé. Una vecina, que había estado allí en todo momento y a la que yo no había prestado atención, me confirmó que ya habían llamado a la policía hace unas horas.

—Ellos vinieron, hicieron preguntas, buscaron por los alrededores y luego se fueron diciendo que volverían.

—¡La suegra! —exclamé, creyendo resolver el enigma.

—¡Claro que fue ella! —me grito Isabel— ¡Imbécil! La policía ya lo sabe pero tampoco la encuentran. Ellos no hacen nada más. No les importa.

Volvió su desesperación. Se cogió la cabeza con ambas manos y esta vez fue Marcia quien la abrazó.

Yo me sentía vacío. Quería apenarme, sentir angustia, intensificar mi amor hacia Isabel a través de su sufrimiento. Quizás molestarte por cómo me había tratado. Quise actuar y no pude. Sé que fui un cobarde. Le dije que iría a preguntar por las calles aledañas. Las dejé abrazadas, en medio de balbucientes palabras. Caminé por algunas calles e imprevistamente un excesivo frío invadió mi cuerpo. Era lo de siempre: mis climas.

Isabel no me volvió a llamar ni yo a ella; tampoco nos encontramos las semanas siguientes. Luego me enteré por un vecino que ella había decidido irse del edificio y buscar otro departamento.

Años después me encontré con Marcia. No me acusó por mi cobarde abandono. Conversamos durante una tarde e hicimos el amor. Cuando nos cercioramos de que nada nos afectaba en ese momento, me contó que Fermín nunca apareció. Luego me refirió ciertas historias de Isabel y en alguna de ellas me pareció oír la palabra *resignada*.

LA HERIDA

ESTABAN CANSADOS DE esperar a Mirna. Por la proximidad de las fiestas, el aeropuerto se encontraba colmado de gente dispuesta a subir a un avión o recibir a sus familiares. Pero ellos solo aguardaban a Mirna y ni siquiera tenían el número de vuelo. Cuando ella habló por teléfono con su madre, habló de muchas cosas, menos de su retorno; únicamente confirmó la fecha de su llegada. Y aquel día previsto solo tres aviones llegaban de New York: dos en la mañana y uno en la noche. Pese a la incertidumbre, su padre y hermanos decidieron continuar aguardando, aunque el menor de los hermanos pretendió por momentos convencerlos de lo contrario y dejar que Mirna vaya en taxi a la casa. Su padre fue terminante al decir que no; no podía dejarla habiéndole dicho a ella que la esperaría. Sus dos hijos terminaron por aceptar las palabras de su padre y asintieron con un movimiento de cabeza y una leve sonrisa. No estaban acostumbrados a contradecirlo y ellos también tenían muchos deseos de ver a su hermana.

Tal como sucedió con el primero de los vuelos, con el arribo del siguiente fueron a la salida de pasajeros y se mantuvieron expectantes por largo rato. Muchas personas salieron de las aduanas, pero no hubo manera de localizar a Mirna. Luego de la decepción, los muchachos empezaron a impacientarse y no disimularon su disconformidad frente a su padre. El mayor de ellos, Fabián, le dijo que era probable que Mirna haya perdido el vuelo por alguna emergencia de

trabajo. «A lo mejor ha llamado a casa y nosotros estamos acá, esperando en vano». El padre, sin cambiar de expresión, ordenó a su otro hijo, a Raúl, que vaya a hacer una llamada telefónica a la casa y que le pregunte a su madre si Mirna había dejado algún mensaje. Esta parecía ser la mejor solución y cambió el ánimo de Raúl, quien revisó sus bolsillos y, mostrando una mejorada sonrisa, dijo que no tenía monedas ni tarjeta para hacer llamadas. Fabián conocía muy bien esa sonrisa. Sin pensarlo demasiado sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó. Raúl se fue corriendo, divertido, llevando la tarjeta en alto. Su padre se acercó a Fabián y este no supo si debía mirarlo a los ojos y tratar de convencerlo para irse o esperar a que su hermano volviera con alguna noticia. De pronto, su padre abrió la boca como si fuera a decir algo o acabara de tener una gran impresión. Miraba hacia la salida del baño de mujeres. Pero duró unos pocos segundos, pues de inmediato apretó los dientes y dirigió una mirada vacía hacia otro lado. Intrigado, Fabián quiso saber de qué se trataba y atisbó en dirección a los baños. Muy cerca, próxima a la puerta de salida del aeropuerto, distinguió a una muchacha parecida a su hermana. Traía puestos unos jeans apretados, una blusa perfecta para su delgadez y un sombrero de vaquero demasiado grande que descansaba en las delineadas cejas negras de la muchacha. Por esa cercana puerta cruzó su hermano. Regresaba lentamente y de rato en rato les daba una mirada. Cuando estuvo junto a ellos, habló dirigiéndose a su padre. Le dijo que no había ninguna novedad y que ahora mamá está muy preocupada. «¿Y ahora qué hemos ganado preocupándola?», preguntó su padre mientras se rascaba la cabeza. Nadie respondió. Fabián creyó conveniente ofrecerse para comprar unas bebidas y les preguntó de qué sabor las preferían.

Frente a la máquina, metió la mano al bolsillo del pantalón y agarró muchas monedas. Pero las soltó al instante cuando oyó que su bipper se había accionado. Estaba en el otro bolsillo y el ruido insistente lo puso nervioso. Lo sacó y leyó el mensaje. Era su madre. «Mirna canceló vuelo. Viene mañana». Guardó el pequeño aparato y escogió una a una las monedas que insertaría en la máquina.

De regreso entregó las bebidas y, en tanto abría su lata, les dijo que había un mensaje en su bipper, de Mirna. Su padre se mostró ansioso y con un movimiento de manos lo apresuró a hablar. Fabián repitió lo que había leído y después sacó su bipper para enseñarle el mensaje y acabar con el gesto de incredulidad que se había marcado en el rostro de su padre. «Vámonos», fue lo único que le escucharon decir.

En el auto, durante el viaje de vuelta, su padre no dejaba de hablar. Decía que Mirna había hecho bien, que ella siempre había sido una chica responsable; lo mejor ha sido llamar a casa. Y lo decía tratando de ser convincente. Mientras Fabián conducía se preguntaba por qué su hermana había procedido de esa manera. No era habitual en ella estos imprevistos y descoordinaciones. Un atolladero de autos lo distrajo de sus pensamientos y los obligó a detenerse en un cruce. Tuvieron que esperar mucho para poder avanzar. Desde donde estaba, vio el ascenso de una humareda negra y concentrada. Su padre se alarmó y le dijo que se colocará más a la derecha, debía tratarse de un auto que se está incendiando. Raúl no le prestaba importancia a lo que ocurría; estaba desparramado en el asiento trasero, ojeando una revista deportiva de su hermano. Los autos empezaron a avanzar lentamente, entre el temor y la precaución ante un estallido del motor, y una extrema curiosidad y excitación de hallarse frente al peligro. Cuando les tocó pasar delante del incidente, vieron que se trataba de un auto pequeño, totalmente calcinado. La humareda provenía de una llanta a medio metro del vehículo. El dueño hablaba con uno de los bomberos, al parecer era el jefe, y fue fácil darse cuenta de que respondía a preguntas de rutina. Hablaba y volteaba para ver los restos de su auto. Fabián quiso salir de ahí lo más pronto y aceleró apenas tuvo el espacio necesario. Siempre tuvo cierta reticencia de presenciar accidentes de carretera. Le hubiera afectado terriblemente toparse con un cadáver tendido sobre el asfalto. Las pocas veces que le había ocurrido, esas imágenes se quedaron grabadas por semanas, produciendo un tremendo malestar en su ánimo.

En una ocasión fue toda la familia de paseo al campo. Aquella mañana se divirtió bastante con sus hermanos. En realidad mucho más con Mirna, pues Raúl era todavía muy pequeño y ni siquiera podía caminar. Con Mirna había pasado gran parte del día dentro de la piscina. Competían para saber quién resistía más bajo el agua. Fabían se sumergía y soportaba hasta sentir el latido de su corazón retumbando en la profundidad. A veces, cuando tenía que salir a flote, se imaginaba que se encontraba a kilómetros de la superficie y que no iba a resistir más sin aire. Al salir a flote Mirna siempre lo estaba esperando. Ella le suplicaba repetir la competencia, que esta vez sí le ganaría. Y lo intentaban repetidas veces; hasta que Mirna ganara, o, con mayor precisión, hasta que su hermano se lo permitiera.

Al decaer el sol, salieron de la piscina hambrientos y tiritando de frío, presurosos de que sus padres rápidamente los envuelvan en toallas y les den de comer de las viandas que había preparado su madre. Solo después se sentirían listos para jugar por el campo, dentro de los límites del club campestre. Su juego predilecto en este lugar era subir por la cuesta de una colina y desde la cumbre divisar lo extenso del valle. Y cuando llegaron a la cima, extenuados y con ganas de tenderse sobre la yerba, observaron las montañas contiguas y la carretera serpenteante que las cruzaba. Sin embargo, Mirna divisó que en un punto de la carretera había ocurrido un choque. Todo se veía diminuto a la distancia. Dos autos habían colisionado y se hallaban atravesados sobre el camino. Los niños se dieron cuenta de que el choque recién había sucedido porque no habían recibido ningún auxilio, no había otros autos cerca, solo cuerpos que se arrastraban e intentaban salir de los autos. Fabían le señaló a Mirna un cuerpo, parecía ser el de una mujer. Estaba al borde de la carretera, a dos metros de los autos, y no se movía. Desde donde se encontraban no podían distinguir la sangre ni si estaba viva o muerta. Mirna se asustó y bajó corriendo por la cuesta, para regresar con sus padres y contarles lo que acababa de ver. De repente tropezó con una piedra que la hizo rodar aparatosamente. Su hermano reaccionó de inmediato y corrió tras ella, tratando de alcanzarla.

Fabián tomó la curva, a su derecha, y consiguió entrar en una vía rápida que los llevaría directo a casa. Llegarían en treinta minutos. A ambos lados de la carretera podían ver los sembradíos. El padre de ellos siempre repetía que había sido una buena elección comprar una casa lejos de la ciudad. Pero completó esta frase diciendo que no entendía por qué el resto de la familia insistía en lo contrario. Murmuró el nombre de Mirna. Kilómetros adelante y próximos a unos bares al lado de la autopista, el padre reconoció a un amigo que salía de uno de ellos. Indicó a su hijo que disminuyera la velocidad y se detenga a su señal. Él obedeció y frenó justo delante del hombre quien se sobrepasó, miró el auto con indiferencia y se diría que iba a continuar el paso, a atravesar el auto cual imagen fantasmal. Su padre bajó el vidrio de su ventana y llamó al amigo por su nombre de pila. El hombre abrió los ojos exageradamente. Notaron que estaba ebrio. El padre le dijo que no se haga el idiota, que lo reconociera de una vez. El hombre rió e hizo una venia en muestra de saludo. Todos soltaron la carcajada. El padre se bajó del auto y le dijo que le invitaba un trago; tenía que celebrar este encuentro. El amigo aceptó haciendo otra venia, doblando el cuerpo hasta trastabillar y verse obligado a sostenerse en el auto. Antes de entrar al bar, el padre volteó hacia sus hijos y les dijo que no tardaría. Raúl seguía con los auriculares puestos y no pudo oír lo que les dijo; no obstante hizo una seña aprobatoria. Fabián salió del auto y fue a una tienda junto al bar donde entró su padre. Compró unas bolsas de golosinas, latas de jugo de manzana y coca cola. Al salir de la tienda recién se percató de que también vendían frutas. No se animó a comprar porque sabía que en su casa su madre siempre se preocupaba de abastecerse para la semana. Las tenía refrigeradas primero, luego las cortaba en trozos pequeños y las servía con leche condensada y granos de café tostado. Desde niño las comió así. Sus amigos siempre le preguntaban de dónde había sacado esa forma tan rara de comerlas y él les respondía señalando a su hermana Mirna. Ella había llegado con esa novedad a la casa. Se la había enseñado una amiga extranjera en la escuela, durante los recreos del colegio. Desde aquel día era una costumbre en

su casa, instituida por Mirna. Se la servían especialmente cuando ella sufría algún accidente. Debido a sus pies semiplanos era frecuente que tuviera caídas.

El día de campo, mientras Fabián iba tras de su hermana y la veía rodar por la colina, pensó que la calmaría diciéndole que juntos podrían comer todas las frutas que quisieran. Al final de su pensamiento, el cuerpo de la niña se detuvo. Él llegó hasta ella y observó sorprendido cómo los brazos y piernas de su hermana habían quedado caprichosamente entrelazados. Tuvo miedo de tocarla. Se preguntaba si Mirna estaba muerta o inconsciente. Creyó que si la tocaba, él sería el causante de su muerte. Pero Mirna volvió en sí. Quedó absorta por un instante y luego empezó a llorar. Él se alegró de escuchar el llanto de su hermana y pensó que era conveniente ir a avisar a sus padres. Cuando regresó con ellos, Mirna estaba en pie, sacudiéndose el vestido y secándose las lágrimas que habían corrido por sus mejillas. Su padre la cargó y, palpándola con temor, le preguntó si le dolía alguna parte de su cuerpo. Ella respondió que no. De igual modo recogieron las cosas y fueron al hospital para que los médicos la atendieran. En el auto, Fabián miraba a su hermana. La veía inmóvil, ida. Ella entreabrió los labios, como queriendo hablar, pero los volvió a cerrar. Él no apartaba los ojos de ella. Sus labios se abrieron y esta vez sí salieron palabras de ella. «Ya habrán muerto todos», dijo. Nadie comprendió a qué se refería. «Ya habrán muerto todos en la carretera», precisó la niña. Fabián recordó la colisión de autos que habían presenciado. Se preguntó si sería cierto, si habían muerto las personas que vieron. Su padre quiso saber a qué se refería Mirna. Ella miró a Fabián y este se quedó sin habla, alhelado. Fue ella, entonces, quien habló fluidamente. Explicó todo lo que habían visto: el accidente, los heridos y hasta a los posibles muertos. Después ella le preguntó a su padre si tendrían que avisar a la policía. El padre miró su reloj, resopló y empezó a hacer ruidos con su lengua, chasqueándola,

como hacía antes, cada vez que tenía que tomar una decisión. Dijo que no había de qué preocuparse, que habían pasado dos horas y que lo más seguro era que otros habrían avisado a la policía. «La ambulancia ya habrá recogido a todos los heridos. De todos modos, al llegar a casa llamaré a la policía para confirmar si fueron al lugar de ese accidente», puntualizó.

Fabián se recostó en su asiento, vencido por el tedio. Cogió una lata de coca cola y bebió casi todo el contenido de un prolongado sorbo. Mientras bebía, alzó la mirada y vio por el retrovisor a Raúl. Él dormía, o parecía dormir, con los auriculares tronando en sus oídos. De pronto su padre salió del local acompañado de su amigo, caminando con cierta dificultad, cuidándose de no tropezar con alguna piedra en el suelo terroso. Fabián recogió las bolsas de golosinas y de un manotazo en la pierna despertó a su hermano. Este se enderezó algo atontado, arrancándose instintivamente los auriculares y mirando a todos lados, tratando de recordar dónde se encontraba. Su padre y el otro hombre se aproximaron. Les dijo que tenían que llevar a su amigo y dejarlo en su casa. Los hijos asintieron y Fabián tuvo que dar media vuelta con el auto para regresar por el otro carril. El amigo se durmió apenas avanzaron unos metros. Su padre le dio unos ligeros golpes en la rodilla, tratando de despertarlo, pero este no reaccionaba. Entonces largó una risotada y se dijo que todavía se sentía fuerte. Cuando llegaron a un barrio muy iluminado, su padre les señaló dónde tenían que dejar a su amigo. Hizo detener el auto frente a una casa muy grande. A sus hijos les llamó la atención que la casa demostrara una opulencia que no correspondía con el aspecto del hombre. Tocarón el timbre y un par de muchachos, cercanos a la edad de Raúl, salieron para ayudar al amigo ebrio. «Ahora vayamos a casa pronto, este hombre ya está con los suyos», sentenció su padre. Al llegar, su madre les preguntó por qué habían tardado tanto, la habían puesto nerviosa todo ese

tiempo. El padre no dijo nada, solo fue a su habitación a descansar. Fue Fabián quien tuvo que dar las explicaciones.

Mirna parecía no creerle a su padre. La niña caminaba detrás de él y le iba repitiendo que él le había prometido que llamaría a la policía. «Se deben estar muriendo todos», decía. El hermano mayor los observaba desde la puerta de la casa. No había entrado porque le dijeron que espere, ellos saldrían pronto para ir al hospital, solo tenían que recoger unos documentos del seguro médico. Su padre se detuvo a mitad de la sala y dijo que estaba bien, que haría la llamada si ella se quedaba tranquila. Mirna aceptó y fue a traer el teléfono. Se lo entregó a su padre y, después, abrió un puño que traía cerrado. Mostró un papel arrugado que contenía unos números. «De la comisaría», aclaró. La explicación del padre a la policía se escuchó como si estuviera narrando un hecho sin importancia, rutinario, y se disculpó por no poder dar más detalles, era lo único que sabía y además tenía que llevar a su hija al hospital, pues ella había sufrido un accidente. Colgó el teléfono. «¿Sabían del accidente, no es cierto? Salvaron a todos, ¿verdad?» El padre miró a Mirna, aguzó la vista y acercó su rostro al de su hija. Con mucho cuidado apoyó un dedo en la frente de Mirna y palpó una hinchazón que parecía haber crecido inesperadamente. «Tiene que verte el doctor de inmediato», fue su respuesta.

Aún era de noche y su madre permanecía en la sala, junto al teléfono, soñolienta, a la espera de más noticias de su hija. El sonido de un timbre la alejó de su modorra y, equivocada, había levantado el aparato telefónico aunque el timbrado no proviniera de este. Fabián señaló la puerta con el dedo, corrigiéndola, y, sin abrir, gritó que quién era. No obtuvo nada. Finalmente la abrió, asomó la cabeza hacia fuera y la regresó veloz, admirado por lo que veía. Primero se vieron

ingresar unas maletas que eran empujadas y, tras estas, a Mirna. Ella saltó sobre sus maletas y fue hacia su madre a abrazarla. Raúl salía de la cocina cuando descubrió a su hermana. También la abrazó y amonestó, condescendiente, porque no había permitido que fueran a recogerla al aeropuerto. Ella reía y abrazaba aún más a su hermano. Todos se quedaron callados un instante, ansiosos y emocionados por el encuentro. «Iré a llamar a tu padre». La mujer dio unos pasos hacia una puerta pero esta se entornó despacio y de la oscuridad de esa habitación surgió el padre. Estaba soñoliento. Tenía los ojos entrecerrados y bufaba. Chasqueó la lengua tratando de quitarse el sabor amargo que sentía en la boca. Evidenciaba su malestar frotándose el pecho y el estómago con sus dos manos. Los demás esperaban alguna reacción, que abra bien los ojos para que pueda ver a su hija Mirna. A su madre se le escapó una risita contenida que la delató. El padre abrió los ojos, intrigado, y más aún cuando Mirna, después de dos largos trancos, ya estaba abrazándolo. Todos rieron y aplaudieron con emoción. El padre no pudo más que abrazarla con fuerza, aunque sus brazos temblaran sobre la espalda de su hija.

Cuando salieron del hospital, su madre traía en brazos a Raúl y llevaba de la mano a Fabián. El padre cargaba a Mirna y ella lo rodeaba con brazos y piernas. «Pareces un chimpancé», le dijo Fabián. Su padre se detuvo y le dio una mirada recriminatoria. Su madre le apretó la mano como señal de silencio. El niño entendió el pedido y se limitó a mirar a su hermana. Veía su cabeza vendada y su rostro descansando sobre el hombro de su padre. Ella también lo observaba. En realidad, él era el punto de referencia de una mirada extraviada que apenas podía sostenerse. Sus pequeños labios se separaban y unían rítmicamente y sus mejillas estaban sonrosadas. En el camino el niño recibió todo tipo de recomendaciones, especialmente no tocar las vendas de la cabeza de su hermana. Fabián oyó todo con mucha atención y luego volvió a mirarla. Definitivamente creyó ver a otra niña. «Me han devuelto otra her-

mana», pensó. Mirna tocó el hombro de su padre. Le dijo que le picaba debajo de las vendas y que quería rascarse. Sus padres, alarmados, prácticamente gritaron al decir que no. La niña bajó la mirada y dijo algo que nadie escuchó. Su hermano se acercó a ella y le preguntó qué había dicho. Ella le respondió que no había visto en el hospital a los heridos del choque. «Los habrán llevado a otro sitio», fue la respuesta de Fabián. «No, ellos no están en ningún lugar», dijo la niña, molesta. «Han desaparecido», agregó. Fabián insistió y le dijo que todo estaba bien. «Ellos nunca desaparecen; siempre son llevados a sus casas». Solo después de oír estas palabras, la niña recuperó la serenidad y se entretuvo mirando las calles a través de la ventana, sin percatarse de que su padre daba un golpe contenido al timón del auto y se lamentaba: «por qué tuvo que pasarle esto a mi niña».

Mirna abrazó a Fabián y le dio un beso en la mejilla. «¿Qué esperas para casarte, Fabián? Quiero ser tía», le inquirió. Su padre, pensando que hacía lo correcto, aprovechó la circunstancia y le dijo a su hija que ella también debería pensar en casarse. «Es hora de que la familia crezca, ¿no crees?» Mirna sonrió, miró a su madre y se llevó la mano a la cabeza, envuelta delicadamente en un pañolón de seda azul. «Supongo que me regalarían un nuevo juego de pañolones», intentó ser irónica. Luego, cambiando de tema, comentó que había visto un accidente cuando venía a casa, un auto que se había quemado. «¿Saben algo? ¿Hubo algún muerto o herido?», le preguntó a Fabián. «No, ninguno. Ellos no desaparecen», le contestó, convencido de que era la respuesta adecuada.

FAMILIA

I

TENDIDOS SOBRE UNA tupida y fresca yerba, y rodeados de montañas parceladas de diversos colores, mi hija y yo acordamos en abandonar nuestro descanso e ir a almorzar al pueblo más cercano. Ella se levantó de un brinco y me jaló de los brazos para que yo me apresurara. Estar en medio de aquel nuevo clima hizo que las mejillas de mi hija tomaran una brillantez encantadora. Ella insistía en apurarme pero yo me fingía remolón, como si estuviera a punto de quedarme dormido en cualquier parte. Yo solía actuar así para atemperar la excitación del viaje de Maribel. Mi deber era protegerla de todo y más durante sus vacaciones conmigo. Su madre me daba tantas recomendaciones antes de cada viaje que, al final, poco o nada podía recordar. Lo único que sí mantenía en mi mente, a fuerza de tanta reiteración, eran las pastillas para su alergia. La alergia de Maribel. La que en un pasado fue mi alergia y años antes fue la alergia de mi madre. Mi propia hija se encargaba de repetirme sus dosis mientras viajábamos en el auto. Y lo decía con mucha seriedad y convicción, acentuando sus palabras con gestos muy divertidos.

En el camino me señaló tres restaurantes a los que yo no quise entrar. Todavía no llegábamos al pueblo y no me gustaba comer en

medio de camioneros de carretera, y menos con Maribel al lado. Algunos kilómetros más adelante paramos unos minutos en un cuarto restaurante solo para comprar una botella de jugo de durazno; pues era hora de la pastilla y su madre había insistido con el cumplimiento del horario. Veinte minutos después nos aproximamos a un pueblo pequeño y, para mi sorpresa, encontramos un restaurante campestre que al parecer era muy concurrido por las familias viajeras. Maribel se contentó de inmediato al descubrir que había resbaladeras y columpios. Entramos y, sin esperar más, mi hija me pidió permiso para ir a jugar hasta que trajeran el almuerzo. Accedí y pronto estaba integrándose con facilidad a los demás niños. Organizó equipos con la misma rapidez con que los desintegraba para empezar otro juego. Desde mi mesa podía ver todos los salones y, a través de las ventanas, a mi hija correteando con sus nuevos amigos. El comedor tenía tres amplios ambientes que formaban una U alrededor de la cocina. El mozo no tardó mucho en traer los platos, pero preferí no llamar aún a Maribel. La comida era apetitosa y por demás humeante. Estaba seguro de que ella pondría más de una queja si la obligaba a sentarse a la mesa. En tanto, pedí una copa de vino tinto para esperar a que ella me vea con todos los platos sobre el mantel y venga a almorzar.

Me detuve por unos momentos a observar a las personas de las otras mesas. Tengo la costumbre de buscar rostros parecidos a los de mis amigos. De este modo consigo sentirme a gusto en cualquier lugar. No tardé en ubicar a una niña parecida a Maribel: las mismas grandes mejillas sonrosadas. Miré hacia la ventana tratando de ver a mi hija, pero no se encontraba ni en los columpios ni en las resbaladeras. No me levanté de la mesa. Traté de erguirme lo más que pude para localizarla. Ahí estaba, al borde de una pequeña loma cortada, semejante al pie de un acantilado, lista para lanzarse sobre un elevado promontorio de paja. Saltó y cayó blandamente. Incluso me pareció oír su risa mientras caía. Después la vi ponerse en pie y quitarse la yerba seca que traía pegada a su chompa y pantalones de lana. Preocupada en su quehacer, tenía un inusitado gesto de seriedad que me entorne-

ció. Repentinamente abandonó su labor y corrió hacia la loma para repetir el salto.

Quise pedir otra copa de vino y alcé el brazo para llamar la atención del mozo. Ninguno me vio. Me encogí de hombros y resbalé la mirada por las mesas en una cómica actitud de desamparo (tic que hago en este tipo de circunstancias). Sin embargo me detuve, pues una mujer de cabello corto me miraba fijamente o eso creí en aquel momento. Ella estaba acompañada por un hombre de bigotes y rostro anguloso que la contemplaba colérico, esperando quizá alguna respuesta. Me hice ligeramente a un lado para cerciorarme si me miraba; pero no, yo solamente había sido un punto en el vacío y mi movimiento la hizo reaccionar. Cambió la mirada ausente por otra más atenta. Después reparó en su acompañante y ambos empezaron a discutir, como continuando una pelea iniciada hace mucho. Desde mi ubicación no podía escucharlos; se cuidaban de no gritar pero claramente mostraban su enfado en sus movimientos contenidos. Ella, incluso, le clavó las uñas en el brazo. El tipo no se movió. Me pareció que él le decía que lo soltara. Ella le liberó el brazo y él cogió una servilleta de tela y se la puso sobre la herida. Azorado, dejé de mirarlos y me concentré en Maribel. Mi hija acababa de dar otro brinco. Después de contemplarla me levanté de la mesa y fui a traerla. Temí que se fuese a hacerse daño con tanto salto sobre la yerba.

II

Siempre consideré una gran suerte no tener que lidiar con mi hija para que coma. Nunca he pasado por esas bochornosas escenas de padres e hijos discutiendo y transando por una cucharada de sopa. Mi madre en algún momento me dijo que era afortunada porque yo, cuando niño, dejaba vacíos los platos, y lo decía porque para ella no podían quedar sobras habiendo

tanta gente hambrienta. Yo no sé hasta ahora si yo lo hacía por obediencia, remordimientos o por un exacerbado egoísmo.

Al terminar de almorzar subimos al auto. Maribel se acomodó en la parte delantera y empezó nuevamente a liberarse de cada paja adherida a su chompa, en silencio. Encendí el motor y retrocedí hasta llegar a la puerta principal del restaurante, fijándome en los autos que quedaban y preguntándome en cuál habría llegado la mujer de cabello corto. Después me fue fácil salir hasta la carretera y continuar el camino hacia Tarma. En el trayecto mi hija me obligó a escuchar repetidas veces su cassette con las canciones de una película de dibujos animados. También yo las había memorizado. Canté con ella solo ciertos pasajes, pues a ratos divagaba y me situaba en una historia, una fantasía: yo desaparecía durante veinte años sin dejar rastro y al volver encontraba a mi hija convertida en mujer. Quizá ella me daría un beso en la mejilla y luego me abrazaría afectuosa, amando a un inolvidable recuerdo que en esos momentos será viejo y decrepito, pero inmortal.

Llegamos a Tarma por la tarde, tal como lo había planeado. Indiscutiblemente teníamos que visitar a mi hermano Raúl y, por suerte, lo hallamos en compañía de toda su familia. Mis sobrinos y Maribel se alegraron mucho por volver a encontrarse. Jugaron durante todo lo que quedaba del día; únicamente se interrumpieron para comer o para que Maribel me pida su pastilla para la alergia. Mientras Raúl, su esposa Zelma y yo, sentados en unos muebles bastante confortables, conversábamos y nos poníamos al día sobre cuestiones familiares. Zelma, muy cortésmente, pero no sin cierta malicia, me preguntó por la madre de Maribel. Confieso que me sorprendió mi soltura para responderle: «Ella está muy bien. Se le ve contenta con su nueva casa y trabajo». Lo dije con gran convencimiento. Y miré a Maribel como si ella fuese prueba de ello. Raúl me sonrió en un claro gesto de solidaridad. Luego agregué que al día siguiente partiría a Niñopampa, que pretendía descansar y pasar unos días en la hacienda, y dejar que Maribel jugase en la huerta. Mi cuñada, cambiando de actitud y con

una voz más conciliadora, me sugirió que rehaga mi vida, que quizás haciendo otra familia todo iría mejor. La vi estirar el brazo y dirigir su mano hacia mi cabeza, quizás para cogerla y despeinarme como hacia con sus hijos; sin embargo, instintiva y bruscamente, sin poder contener mi rechazo, eché el cuerpo hacia atrás. La vergüenza que sentí fue inmediata y sin pensarlo volteé hacia mi hermano. Él estaba encendiendo un cigarro, ajeno a todo, lento, preocupado en la diminuta llama del cerillo que se extinguía.

III

La mujer de cabello corto que había visto en el restaurante el día anterior tomó de la mano a mi hija y la ayudó a levantarse. Yo no tuve oportunidad de reaccionar a tiempo, porque estaba enfrascado con el rollo de película de la cámara fotográfica, preparándola para tomar una foto a Maribel en la plaza central de Tarma. Mi hija había corrido para ubicarse en la toma pero se resbaló a mitad del trayecto. Cuando llegué donde ellas, ya Maribel estaba bastante tranquila y me miraba con ternura. La mujer se ofreció a tomarnos unas fotos y Maribel y yo nos abrazamos y posamos durante un buen rato. Yo esperaba que en cualquier instante apareciera el hombre de bigotes, pero el tiempo transcurrió sin que él llegara. No obstante, cada cierto rato ella atisbaba hacia una de las esquinas de la plaza. Más de una vez nuestras miradas se dirigieron simultáneamente a aquella esquina; otras, nos mirábamos y sonreíamos.

Terminada la improvisada sesión de fotos, aprovechamos en conversar mientras Maribel corría por el parque. Y tal vez se deba a mi aspecto monacal, por el que soy motivo de burla de mis amigos, o a lo que llaman *paciencia para escuchar*, por lo que suele suceder que las personas que recién conozco no pueden resistir y terminan por relatarme algunas de sus intimidades. Esta mujer no fue la excepción. «Y

yo que quería formar una familia con ella», me dije en broma. De esa charla conservo con mucha claridad el relato que me hizo.

Se llamaba Jenny y me confesó que disfrutaba haciendo anotaciones en muchas libretas de papel reciclado —yo ahora tengo varias similares en casa—. Jenny me dijo que antes de escribir rememoraba todo lo que anotaría, que acumulaba muchos recuerdos para después repartirlos en sus libretas, como un niño que colecciona cajas de diversas dimensiones con la seguridad de llenarlas muy pronto. Uno de sus recuerdos, el que me interesó, se refería a un sueño. En este se le revelaban dos mujeres, más bien dos adolescentes, sentadas en los bordes de una pileta de piedra llena de agua. La pileta era el atractivo principal de una gran plaza. Jenny se reconoció en una de las chicas, aunque se daba cuenta de que no era realmente ella. Me dijo que por el parecido podría ser una hermana o una hija. La otra se veía simplemente diferente, con una gorra que le caía de lado. Después, como pasa en muchos sueños, Jenny ya no era quien observaba, sino una de las chicas, la de gorra. Le gustó sentirse más joven, delgada, con el cabello más largo y quizás algo más discreta en sus movimientos. La otra chica mojaba los dedos en el agua de la pileta; los sumergía, los sacaba, sacudía la mano y repetía el procedimiento con displicencia. Ninguna de las dos hablaba. Solo se dejaban al viento ligero, al agua fría, al continuo ruido de los motores de los autos que pasaban por las angostas calles alrededor de la plaza, al sol decaído y a todo lo que naturalmente llegara hacia ellas. Jenny quiso decir algo, aprovechar la pileta y pedir un deseo. En el sueño Jenny no supo si alcanzó a pedirlo. Ambas rieron y echaron a correr. Jenny miraba a la otra chica, se sorprendía y disfrutaba de cierta familiaridad.

Así terminó su recuerdo, su sueño, una de las páginas de su libreta. Condujo una de las manos a su bolso y le dio unas palmadas.

—Siempre llevo una libreta conmigo.

Después de decirme esto cambió de tema. Empezó a interrogarme por las costumbres de mi hija. Me dijo que le parecía una niña

bastante despierta —esos comentarios siempre me han halagado—. Creyendo no incomodarla, le pregunté:

—¿Usted tiene hijos?

—Uno —me contestó—. Vive con su padre en el extranjero. Él tiene ocho años, pero no lo veo hace cinco.

Insistió en hablar de otras cosas y, por último, se despidió cuando Maribel me tiraba de la chaqueta y me rogaba que la lleve donde estaban unos títeres, en uno de los lados de la plaza. La despedida fue muy simple, me dijo que esperaba a alguien y señaló una de las bancas vacías al otro extremo. Me dio la mano y, cuando intentó acercarse a mi hija para darle un beso, Maribel hizo una mueca extraña y corrió junto con los demás niños que ya se ubicaban en torno a la tienda levantada para el pequeño espectáculo.

—Me lo puedes dar a mí, si quieres —le dije algo avergonzado, tratando de reparar el mal momento.

—Para otra vez será —me respondió, y se fue a sentar en una de las bancas.

Me pareció que estaba decidida a no moverse de allí hasta que llegara la persona o las personas que esperaba. Solo después de media hora apareció el tipo de bigotes que vi en el restaurante. Llegó en un auto rojo y llamó a Jenny tocando la bocina. Ella se subió en el asiento trasero y el auto se marchó enseguida.

Maribel y yo vimos dos funciones continuas de títeres y comimos unos panes con hot dogs. Algo me impulsaba a quedarme en aquella plaza e intenté convencer a Maribel de ver una tercera función de títeres, pero mi hija no paraba de preguntarme cuándo iríamos a Niñopampa, la hacienda de mis padres. Afortunadamente, se contentó con mis excusas. No obstante, cuando se hizo de noche, Maribel se veía bastante aburrida y me dijo que sentía mucho escozor en la nariz. Y yo, consciente de ese mal de familia, llevé a mi hija a un mejor lugar.

RETRATOS FAMILIARES

I

EL FIN DE LA FIESTA de bodas coincidió con la aparición de un sol intenso de verano en la reciente mañana y con el olvido de los desórdenes causados por un invitado demasiado ebrio. La ceremonia se había realizado la tarde anterior en una iglesia muy estimada por los novios y los invitados, lo suficientemente amplia, tradicional, aunque estuviera en medio de callejuelas sombrías del Centro. Acorde con la iglesia, los padres de la novia lograron alquilar una antigua y vistosa casona y la destinaron para la celebración. En esta se les brindaba total disposición de la planta baja, los amplios salones decorados y las bellas cortinas color vino que tanto encantaron a las mujeres de la familia. En la segunda planta, en cambio, únicamente podían ocupar una pequeña habitación donde la novia podría cambiarse y también almacenar los regalos llegados a último momento. Pese a esto, por lo demás, se esperaba una fiesta perfecta e inolvidable.

Poco antes de la llegada de los primeros invitados, el primo de la novia, Daniel, recibió indicaciones de su tío para que recibiera y tratara, en lo posible, de distribuir a los invitados en los diversos ambientes. No obstante, la labor de Daniel se vio reducida rápidamente porque cada grupo de personas se concentró por propia cuenta donde

mejor le pareció. Cuando llegaron los novios, pudieron ver con complacencia a todos sus amigos y parientes distribuidos por la gran casa. Ansiaban que empezara la celebración. No era de sorprenderse, entonces, que una vez realizadas las formalidades con los recién casados, las personas no tardaran en dedicarse a bailar, comer y conversar. Daniel, salvo a sus familiares, que andaban ocupados casi todos, no conocía a la mayoría de la gente. Paseaba por los salones simulando buscar a alguien o se detenía a charlar de un modo impersonal con alguno que otro invitado.

En una tercera vuelta por los salones, entró a uno que tenía salida hacia los jardines laterales de la casa. Esas puertas se hallaban abiertas y varios invitados iban y volvían con total desenvoltura. Daniel, que había atendido a las palabras de su tío, no recordó ninguna advertencia respecto al uso de los jardines. Se dirigió allí y, una vez fuera, se sintió reconfortado por el aire fresco y la libertad para moverse. Había varios invitados, solos como él, fumando cigarrillos. Después retornó al salón pensando, divertido, en la casa y en las ridículas indicaciones que había recibido. Su ánimo era distinto. Se sentía dispuesto a integrarse a la fiesta y, con sorpresa, divisó al otro extremo del salón a un hombre mayor, de unos sesenta años, a quien creyó reconocer. Cruzó el salón con una copa en la mano, se acercó a una distancia prudente y se animó a saludarlo:

— Señor Rivera, ¿cómo está?

El hombre giró hacia Daniel y cambió su expresión seria por una más animada.

— ¡Hola, queridísimo amigo!

Daniel no esperaba la efusividad de aquel saludo y por su mente atravesó la posibilidad de una confusión. Decidió cerciorarse.

— Soy Daniel, amigo de sus hijos Susana y Jorge. ¿Se acuerda de mí?

— Por supuesto que sé quién eres.

Daniel no pudo evitar la comparación entre el señor Rivera de hacía ocho años: cabello entrecano, alto y algo subido de peso, con el que ahora tenía enfrente, de piel bastante ajada, una pequeña barba plateada y un claro semblante de agotamiento que, contrariamente, no correspondía con algunos raptos del exaltado entusiasmo que demostraría durante la charla. La conversación discurrió entre rememoraciones y comentarios superfluos sobre el desarrollo de la fiesta. El señor Rivera le contó que sus hijos, los mayores, Susana y Jorge, se encontraban fuera del país, en México, y que habían conseguido buenos trabajos, y todo gracias a las gestiones de una tía que tenía viviendo allí veinte años. Al decir esto, dejó su copa sobre una repisa y empezó a palpase los bolsillos del traje, buscando algo. Daniel aprovechó el momento para preguntar por la señora Rivera, su esposa. El hombre se detuvo dejando ambas manos puestas sobre los bolsillos del saco.

—Ella falleció hace cuatro años —. Después reanudó la búsqueda y agregó— Por acá tengo algunas fotos de mis hijos, espera.

Daniel nunca supo cómo reaccionar ante este tipo de noticias y, por ello, avergonzándose por su torpeza, prosiguió con la conversación.

—¿Y los mellizos, señor Rivera? ¿Cómo están ellos?

—Están bien. Deben andar por ahí; son ellos los que me han traído. Bueno, más bien Elena. Ella es amiga de tu prima, esa noviecita tan linda —sonrió y sacó su billetera del bolsillo del pantalón. —Aquí está lo que quiero enseñarte—. Abrió la billetera y mostró un compartimento de fotografías plastificadas.

—Mira. Esta foto me la enviaron de México.

Daniel los reconoció y admitió no percibir ningún cambio sustancial durante esos ocho años. Los había conocido en el colegio desde niños y había sido testigo de sus crecimientos. Por ello, solo confirmó el desarrollo natural y predecible de aquellas facciones de familia.

Junto a esta fotografía se encontraba la de la señora Rivera, muy joven y con un uniforme de enfermera. Era en blanco y negro y

había sido tomada en un estudio fotográfico. Daniel notó que de la mujer provenía el delgado arco marrón de las cejas de Susana y Jorge, y también la ligera curvatura en la punta de la nariz que les brindaba una expresión bondadosa y jovial. Luego, posando el dedo sobre la fotografía, el hombre señaló:

—Elena, mi esposa.

—Encantadora mujer.

Muy concentrado, el señor Rivera le mostró una tercera y cuarta foto donde aparecían todos los integrantes de su familia. Su esposa, de pie, mucho más madura y atractiva, era abrazada por sus hijos menores: los mellizos, los pequeños Elena y Samuel. El señor Rivera estaba ubicado entre los otros dos hermanos. La siguiente fotografía repetía el lugar de la toma anterior, solo que ahora él abrazaba a su mujer.

— Los mellizos han crecido. Ahora tienen veinte años —puntualizó mientras guardaba las fotografías en su billetera, y disponiéndose a coger nuevamente su copa. Hizo un brindis en honor a sus hijos.

Daniel estuvo atento a todas las historias que le narró el señor Rivera; especialmente las referidas a sus viajes en la selva peruana como ingeniero civil, en la construcción de caminos. Muchas de las historias no eran protagonizadas por él sino por terceros, que surgían como personajes fantasmales y de escasa moral. Le contó a Daniel, incluso, que en uno de esos viajes conoció a Elena. Ella era de Pucallpa y trabajaba como enfermera en uno de los campamentos de trabajadores.

—Ella siempre fue muy aguerrida —el señor Rivera revelaba presunción a través de sus palabras.— Imagínate que una vez dos hombres intentaron violarla, pero ella agarró uno de esos machetes que tanto sobran allá, en la selva, y arremetió contra ellos. Mató a uno y al otro le dejó una profunda herida en el pecho que tardó tres meses en sanarse.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Daniel con cierta incredulidad.

—Como te lo estoy contando. Así era mi Elena —alzó su copa y bebió otro trago.

De repente, se acercó una mujer de unos cuarenta años que se mostraba muy nerviosa. Daniel intentó vanamente recordarla y tuvo que aguardar a que el señor Rivera la presentara. Resultó ser su hermana. Y ella, sin prestarle atención a Daniel, le reprochó a su hermano con enojo que no debería estar bebiendo, que no hacía mucho que lo habían operado del corazón. Daniel, asombrado, observó la reacción del señor Rivera y este confirmó lo dicho asintiendo con una sonrisa que se fue empequeñeciendo hasta terminar en una mueca traviesa.

—La doctora corazón ha venido a mi rescate.

La mujer le quitó la copa de la mano y le dijo que en casa discutirían al respecto, que ahora necesitaba su ayuda porque Samuel estaba sumamente borracho y había iniciado una pelea contra un invitado en los jardines traseros del caserón. Y solo Elena estaba tratando de detenerlo.

II

A Elena la volvió a ver dos días después, mientras caminaba por un centro comercial. Daniel estaba acompañado por un amigo a quien rápidamente abandonó para poder alcanzar a la muchacha.

—Elena —dijo él con un tono de voz bastante apagado, para no sorprenderla.

Ella se detuvo, volteó sonriente, inclinó la cabeza con levedad y lo observó.

—Daniel, ¿no es cierto? —dijo ella llevándose una mano al mentón y apoyando el codo en la otra.

—Es cierto... ¿Cómo está tu papá?

—Bien; por suerte no tuvo problemas con su corazón después de la fiesta, y eso que reprendió severamente a Samuel por sus estupideces y la pelea que armó. ¿Qué habrá dicho tu familia?

—No te preocupes. Lo que pasa es que nadie se esperaba tanto alboroto.

—Yo sí—dijo ella antes de suspirar y volver a sonreír.— Samuel nos tiene acostumbrados a sus escenas.

—¿Qué te parece si tomamos algo aquí, mira, en este café?

La aceptación de Elena llegó con un coqueto desplazamiento de manos para protegerse los ojos del sol, una expresión dubitativa y finalmente el movimiento de cabeza que afirmaba. Entraron al café y de inmediato se reconfortaron por la frescura que circulaba gracias a los ventiladores. Y Elena, con una bebida fría recién traída, retomó la conversación.

—Te habrás divertido con las historias que cuenta mi papá.

—La verdad, cuando era estudiante junto con tus hermanos, casi no crucé palabra con él. Solo lo escuchaba dando indicaciones o comentando deportes que a mí nunca me han interesado. Para mí fue toda una sorpresa escucharle tantos relatos increíbles. Además, si hubiera sabido que hacía poco que lo habían operado del corazón, no le hubiera permitido hablar demasiado. Agitarse de esa manera no le hace ningún bien.

—No te hubiera hecho caso. Él dice que a su edad no está para recibir recomendaciones.

—Entonces hubiera tratado de ser yo quien contara las historias.

—¿Tienes mucho para contar?

—Creo que más para inventar.

—Con el tiempo es igual.

—No creas; a mí me hubiera sido difícil imaginar a mi madre matando a alguien para librarse de una violación.

—Así que mi padre te lo contó.

—Disculpa. No quise incomodarte. Lo dije porque me pareció un acto valeroso el de tu madre. Matar por defenderse.

—Es verdad. Fue muy valiente. Aunque no hay que olvidar que hirió al otro.

—Claro, además al otro.

—¿Te dijo también cuánto tardó en recuperarse ese hombre herido?

—Tengo entendido que varios meses.

—Fue mi propia madre quien lo atendió todo ese tiempo. ¿No era grandiosa?

—No hay duda de ello. Pero tu papá no me contó esa parte.

—Pues ahora agrégale a las virtudes de mi madre haberse casado con un hombre que intentó violarla y que inclusive recibió de ella un profundo machetazo en el pecho... No deberías sorprenderte así, Daniel: mi padre es un buen hombre.

III

Inicialmente Daniel no consiguió comprender por qué se resistía tanto a visitar al señor Rivera, ni cómo Elena se satisfacía con sus banales excusas. Si después de unos meses Daniel decidió hacerlo, fue porque ella se lo continuó pidiendo en repetidas ocasiones y porque él estaba ya demasiado enamorado como para negarse. Él había descubierto en ella un modo afaible e intenso de poder sobrellevar una relación. Le fascinó que todo, y principalmente el amor, hubiera ocurrido con serenidad. Elena era una muchacha que permitía que el amor fluyera. Daniel, por último, llegó a convencerse de que podría sacar

provecho de esta visita, pues al hablar con el padre de ella reconocería con mayor detenimiento el origen de algunos rasgos de familia. Así se lo dijo a Elena.

—Pero si ya los conoces muy bien.

—Sí, pero ahora será como un encuentro de celebración, chiquita. Es bueno que empiece a sentirme parte de tu familia, ¿no crees?

—Haz lo que quieras, loquito; pero anda de una vez.

El día que visitó al señor Rivera se encontró con el hermano de Elena en la entrada de su casa. El muchacho tenía la cabeza afeitada y usaba una camiseta roja bastante ceñida al cuerpo. Samuel juntó las cejas como lo hacía su padre y su hermana, y le sonrió agregando un gesto que a Daniel le pareció no advertir en ninguno de la familia Rivera.

—Mi papá te espera —dijo Samuel mientras se guardaba en el bolsillo un cargado manojito de llaves. Inmediatamente cerró la puerta y agregó con sorna—: Le hace falta alguien quien escuche sus historias. Además, yo también le he contado algunas historias a él. ¡No te creas! Vamos a ver si te las quiere contar.

—Claro —respondió Daniel algo confundido, pues entendía muy bien la alusión a lo de las historias, pero no terminaba de comprender por qué le cerraba la puerta si él iba a entrar.

Samuel atravesó el pequeño patio de la entrada y, al pasar junto a Daniel, le palmoteó el hombro y le dijo:

—Vamos, entra de una vez. Ahí dentro todos te quieren.

—Eso es bueno —a Daniel no se le ocurrió otra frase y se fastidió por ello. En realidad, más que fastidiarse, se apenaba por haber aceptado sin más las impertinencias de aquel muchacho.

Pero fue más su turbación cuando al estar frente a la puerta, y después de apretar el timbre, lo recibiera la señora Eliana. Solo la

había visto una vez, el día de la fiesta de bodas de su prima y ella únicamente abría cada vez más los ojos interrogantes mientras Daniel esperaba ser reconocido. La mujer recién se animó a preguntar «¿qué desea?», al cerciorarse de que Daniel estaba tan desconcertado y silencioso como ella. Entonces apareció el señor Rivera detrás de su hermana. Se veía notoriamente demacrado, como si hubiera transcurrido un tiempo intenso y propicio para el deterioro. Tampoco dijo nada, pero con un movimiento de manos, como abanicándose, lo invitó a pasar.

—Por supuesto, eres Daniel. Pasa —se apresuró en decir la señora Eliana.— Disculpa que no te haya reconocido.

Una vez dentro ella abundó en cortesías y llevó a Daniel hasta la sala, diciéndole que Elena estaba en clases y que tardaría un poco en volver. El señor Rivera los seguía a cierta distancia, sin hablar. Daniel notó que tenía algo dentro la boca, como si masticara. Cuando se sentaron frente a frente, en los sillones, vio claramente que el señor Rivera engullía algún bocado.

—Es solo un tentempié, algo para engañar al estómago —dijo el señor Rivera, justificándose y marcando una sonrisa.

—Lo siento. Pude haber venido más tarde— dijo Daniel bastante incómodo.

—Nada de eso, hombre. Quédate y charlemos.

Durante la conversación se habló nuevamente de los hijos mayores, prácticamente se repitieron los mismos recuerdos que se evocaron en la fiesta; también se habló de Elena, la hija, y de la favorable relación que el señor Rivera auguraba para ella y Daniel. De vez en cuando, mientras el señor Rivera buscaba álbumes de fotografías, Daniel paseaba la mirada por el salón y se distraía tratando de encontrar en los objetos algún indicio de la presencia de Elena, la madre. Algo que no sea una fotografía, sino un detalle más íntimo, que le revelara a su propia Elena. En ese momento vio a la señora Eliana

retirar un florero que estaba en el centro de la mesa, sacar el mantel color crema y reemplazarlo por uno bordado y más casero. Alistaba todo para comer.

El señor Rivera retorno con dos álbumes advirtiéndole que no lo atosigaría con tanto recuerdo de familia. De pie, delante del sillón, se le veía mucho más delgado. Daniel pensó que quizás se debiera a la camisa blanca de cuello ancho y mangas largas que estaba usando; parecía dos tallas más grande.

—¿Cómo va el corazón?— preguntó Daniel.

— Latiendo, mi hijo, latiendo. —Entonces el señor Rivera dejó los álbumes sobre el sillón y, mientras se llevaba las manos a los botones, agregó:— Fíjate cómo me ha quedado el pecho después de siete meses. Mira.

Asombrado, Daniel vio cómo este hombre empezaba a desabotonarse la camisa y abrirla. Instintivamente su piel se enervó al ver la vertical franja callosa que le atravesaba todo el pecho. A pesar de su edad y convalecencia, el torso del señor Rivera todavía mantenía las marcas de una musculatura firme debajo de unos recuperados y crecidos vellos plateados. Pasada la reacción, sin embargo, Daniel trató de buscar disimuladamente la cicatriz que le dejó su esposa con el machete. Y lo único que halló fue una delgada línea blanca y oblicua al lado derecho, indicando un camino largo y truncado, casi enterrado por ese bosquecillo de vellos canos.

El señor Rivera se abotonó la camisa y se sentó en el sillón, extenuado, como si hubiera realizado un gran esfuerzo. Luego buscó la mirada de Daniel y suspiró antes de agregar:

—Uno nunca cree que le pasarán cosas como esta, muchacho; pero suceden.

Y se tocó el pecho al decirlo.

ÚLTIMA VISITA

—TE ENVIÉ EL LIBRO hace tres semanas —me respondió a través del hilo telefónico, con un tono de voz enérgico que, sin llegar a ser insolente, no admitía réplicas.

—Pues aquí no ha llegado —no pude más que decirle la verdad, aunque para él no lo pareciera.

—Eso es imposible —replicó—. Espera.

No se preocupó en tapar la bocina del teléfono y pude oír cómo llamaba a gritos a su secretaria y luego al mensajero de la editorial.

—No cuelgues —me indicó.

Del otro lado de la línea escuché pasar las páginas de un cuaderno y, finalmente, un «aquí está, aquí está», que no se dirigía a mí.

—¿Me oyes?

—No me he ido.

—Ante mí tengo el cuaderno con los cargos de envío. Y está muy claro. El libro fue dejado en tu casa. Tenemos la firma de quien lo recibió. Incluso, el mensajero me acaba de decir que como tu edificio está enrejado, tuvo que esperar mucho e insistir hasta que apareciera la sirvienta y recogiera el libro... Sí, la firma es de ella, ¿no es cierto? —la pregunta seguramente fue dirigida al mensajero.

—Solo debo decirte que el edificio donde vivo no tiene rejas de seguridad, no tengo sirvienta y no tengo el libro.

—Entonces el libro fue dejado en otra casa. ¡Gente de mierda!... Espera.

Esta vez si tuvo cuidado en cubrir la bocina. Únicamente oí murmullos. Luego me sorprendió la voz nítida del editor.

—¿Tu dirección es Avenida Sánchez Carrión 327, interior 4, en San Isidro?

—Ahí está el error. La avenida y el número son correctos, pero el distrito no. Mi edificio está en Jesús María.

—¿Entonces hay doble numeración?

—Así parece. Yo nunca antes me había fijado en ello.

—¡Gente de mierda! Igual no debieron aceptar el libro. Voy a enviar al mensajero para que lo recupere. Y tú no te preocupes; mañana mismo el libro estará en tu casa.

—No tengo apuro —le dije, tratando de atenuar esta complicación.

—Mañana está en tu casa. Estas cosas no pueden suceder.

Después se despidió, no sin antes cambiar el tono de su voz, más conciliador, y agradecerme por las reseñas de sus libros editados que yo había publicado en una revista literaria.

—No olvides de llamarme apenas recibas el libro robado —dijo el editor y colgó.

No tendría por qué tratarse necesariamente de un libro robado, pensé. Es frecuente que en Lima haya confusiones debido a la doble numeración de las calles. Además, tratándose de una sirvienta, quizás ni le haya prestado atención a los nombres en el membrete; y lo mismo con el mensajero de la editorial; a ellos solo les basta verificar la dirección y tener un acuse de recibo firmado entre las manos.

Bajo estas circunstancias, este libro, que era el primero enviado a mi casa y no a la revista, debido a su suerte de extraviado cobraba importancia frente a los demás, y quizás ahora me vería obligado a redactar y publicar una reseña favorable lo antes posible. Lo mejor que podría hacer, me dije entonces, era olvidarme de esta situación imprevista y continuar con lo mío.

Habían pasado dos días después de la última conversación con el editor y el libro aún no había llegado. No intenté llamarlo, pues quería desentenderme del asunto. Sin embargo, sospechaba que él terminaría por llamarme primero. Pasaron otros días para que el editor lo hiciera. Empezamos a hablar de varios libros y autores, de sus proyectos, de los míos, de los libros que yo seguía prometiendo pero que todavía no había escrito.

—A final de cuentas, ¿cómo terminó la historia del libro robado?
—pregunté movido por la curiosidad y creyendo que era la mejor manera de hacerle saber que ese libro jamás llegó a mi departamento. Su silencio me indicó que buscaba las palabras convenientes.

—El mensajero volvió a ese edificio, pero no pudo recuperarlo. Yo creo que hizo bien en dejarlo, ¿no crees?

—No te entiendo. ¿Por qué piensas que yo puedo responderte a eso?

—Yo tampoco entiendo mucho —bajó la voz y agregó: El mensajero me contó que salió nuevamente la sirvienta a atenderlo y ella le dijo que no podía devolver el libro porque el destinatario, familia y dirección, eran correctos.

No conseguí decir nada. El editor continuó:

—El mensajero trató de explicarle lo de la doble numeración. Le dio tu nombre completo...

—¿Y?

—La sirvienta ratificó que vivías allí y que tu esposa se llamaba Margarita Linares.

—Tú sabes muy bien que mi esposa se llama Adriana.

—Exacto. Por eso no quise inmiscuirme más.

—¿Qué quieres decir? ¿Que convivo con dos mujeres en la misma avenida y en casas simétricamente opuestas? ¿Estás loco?

—Bueno, es sabido que tu relación con Adriana no anda del todo bien.

—¡Eso es ridículo! ¿De dónde has sacado semejante barbaridad?

—¡Escúchame! Por esa razón te dije que no me quería inmiscuir. No te molestes conmigo. Es mejor que no se hable más de esto.

Se disculpó con un pretexto y dio por terminada esta conversación.

Esa misma tarde, al regresar a casa, Adriana me recibió con un beso y un paquete en las manos.

—Lo enviaron de la editorial. Dicen que es otro ejemplar.

Se lo agradecí con otro beso y llevé el paquete a mi estudio. Lo dejé sobre mi escritorio, sin ganas de abrirlo. Desde la conversación con el editor no había dejado de pensar en Adriana y en los chismorreos que circulaban entre los demás. No podía entender cómo se habían originado esos rumores. Ni siquiera habíamos tenido grandes discusiones, ni en la intimidad ni ante nuestras amistades. Si bien nunca he sido de los que abrazan, besan y hacen mimos constantemente a su pareja, intentando demostrar a todo mundo el gran amor que uno pueda sentir, tampoco creo haber sido indiferente con ella ni recuerdo haberla dejado de lado por perseguir a otra mujer. Pero en

ese momento, en mi estudio, viendo ese paquete cerrado con el logotipo de la editorial en una esquina del sobre, inevitable y extrañamente, culpé al libro. La desazón que no me dejaba tranquilo se originó con el extravío de ese libro y, no precisamente con ese ejemplar, sino con el que debería estar en la casa de esa tal Margarita Linares, que decía ser mi esposa. Por lo tanto, aunque no tuve cómo justificarlo, creció en mí la idea absurda de que esa mujer me aclararía toda esa confusión.

Muchas conjeturas pasaron por mi mente. Me dije primero que a lo mejor se trataba de la esposa de un homónimo, pero lo descarté de inmediato y, no por lo inverosímil de tenerlo viviendo en tan caprichosa simetría, sino porque mi apellido es único en esta ciudad, en este país, y todo el que lo posee es irremediablemente un familiar mío; que, por lo demás, no éramos tantos y creía conocer a todos gracias a las reuniones que organizaba mi padre, el mayor miembro vivo de esta familia. Luego quise vincularla a algún primo mío poco frecuentado, con una segunda esposa que yo desconocía o quizás una amante dispuesta a correr riesgos. Entre otras presunciones, esta última fue la que me movió a hacer una visita al otro lado de la avenida. Si para algunas de mis amistades era admisible que yo tuviera una amante, quería conocerla.

Elegí un sábado. No me atreví a contarle nada a Adriana. Preferí alejarla de las habladurías que gravitaban sobre nosotros y Margarita Linares. Recién cuando estuve a dos calles del edificio en San Isidro, me di cuenta de que le daba más importancia a la mujer que a su pareja, mi supuesto usurpador. No lograba explicármelo, pero preferí pensar que ese hombre no existía y que, si vivía en ese departamento, debería ser un familiar que pronto reconocería. Como es mi costumbre, imaginé mil formas de enfrentarme con quienes fueran a aparecer; sin embargo, como también me es habitual, titubeé al ver

aparecer a la sirvienta luego de insistir un buen rato con el timbre del interior 4. Según mi plan original, iba a preguntar por mí, darles mi nombre completo y acabar con la patraña desde el comienzo.

—Necesito hablar con la señora Linares —fue lo que me atreví a decir.

—No creo que lo pueda atender. La señora está muy ocupada con el señor.

Solo entonces, sabiendo que no tendría otra oportunidad, le dije mi nombre.

—Le repito que la señora Margarita está ocupada.

Era obvio que mi nombre no le decía absolutamente nada.

—Ustedes han recibido un paquete, un libro, que era para mí. ¡Tienen que devolvérmelo!

La sirvienta cambió de expresión y me pidió que aguardara un momento. En esos breves minutos, antes de su retorno, me infundí valor, pues estaba seguro de que el hombre que vivía allí no era ningún pariente mío, sino un simple ladrón, un impostor. ¡Gente de mierda!, recordé las palabras del editor.

—La señora Margarita le pide que suba.

Camino a su departamento fui perdiendo las ganas de discutir. Me parecía ridículo, fingido, pelear por un libro que solo me servía de pretexto para estar ahora allí sin saber precisamente por qué. El edificio era bastante moderno y no parecía albergar ladrones de libros ni mucho menos.

La sirvienta me hizo entrar y me indicó que esperara en el recibidor. La decoración del departamento reunía muebles rústicos, cortinas oscuras y pequeños adornos que eran detalles que demostraban que la pareja había visitado gran parte del mundo. Sin embargo no había un solo retrato de familia.

En una pequeña mesa, junto a un aparador, entre facturas y correspondencia, vi el sobre vacío con el logotipo de la editorial. Me acerqué y lo tomé. Sobre el lugar donde debería estar mi nombre como destinatario, había un papel adhesivo blanco con el nombre de Braulio Mendoza escrito en una vieja máquina de escribir. No pude evitar sonreír, ya que si existía un nombre opuesto al mío, era este. Debí haberme marchado de inmediato. Nadie en esa casa podría aclararme nada sobre Adriana y yo, y el destino de ese libro ya poco me importaba. Pensaba esto cuando apareció Margarita Linares, descubriéndome con esos sobres en la mano.

—Le debo una explicación y una disculpa —me dijo Margarita.

—Yo también —dije avergonzado mientras dejaba su correspondencia de donde la tomé.

Me pidió que la acompañara a la sala. Yo la observaba tímidamente, temeroso de que descubriera mi turbación. Margarita era una mujer unos diez años mayor que yo. Tenía una expresión cargada de abatimiento, dibujada sobre una piel descolorida. Me la imaginé llevando una máscara de ella misma, dejando traslucir un atisbo de belleza en sus cejas delineadas y negras, y su mirada afectuosa para un desconocido como yo.

Se sentó en un sofá y se llevó la mano a la frente, evidenciando lo difícil que le resultaría darme explicaciones. Me adelanté y le rogué que se serenara.

—Estoy bien. Sucede que no sé por dónde empezar.

—Si desea puedo hablar con su esposo.

—No. Él no puede atenderlo. Está muy enfermo.

—Si la enfermedad de su esposo tiene que ver con el libro — señalé el sobre vacío —, puede empezar por ahí.

—Sí, tiene razón. Ese libro no le fue devuelto a causa de mi marido. Vea, yo sé que usted comprenderá. Mi marido está enfermo desde hace tres años. Y no quisiera abrumarlo con detalles al respecto; solo permítame decirle que Braulio está en cama, sin ganas de ver a nadie. Su enfermedad lo mantiene deprimido y trata de dormir el mayor tiempo posible. Cuando puede, lee algunos libros que le compro —no conseguí evitar un gesto de ironía—. Perdóneme, no vaya a pensar que robo libros para mi marido.

—Disculpe, yo no pretendí sugerir nada. Es que aún no consigo comprender.

—Mi marido conoció hace varios años al editor que le envió el libro a usted. Por alguna razón el libro llegó a esta casa justo cuando Braulio recaía en su enfermedad y se sumía en sus depresiones. Yo no sabía qué hacer. Creí que si le mostraba el paquete dirigido a él cambiaría en algo su ánimo. Desde hace mucho tiempo nadie lo visita ni recibe cartas. En realidad, él se ha encargado de espantar a sus allegados. Incluso su familia solo llama por teléfono y pide hablar conmigo para saber cuál es el estado de Braulio. Únicamente su padre insiste en visitarlo, pero los hermanos de Braulio han notado que retorna muy afectado después de cada visita. Ahora prácticamente le tienen prohibido venir aquí.

—Le pido disculpas. Sé que no debí quedarme con su correspondencia. Después regresaron por el libro y yo le di aquellas indicaciones a mi sirvienta. Espero no haberlo metido en problemas. Braulio aún leía el libro y me resultaba imposible quitárselo sin mentirle otra vez. El nerviosismo me llevó a afirmar que yo era esposa de usted.

—¿Y le gustó el libro a su esposo? —volví a mi recurso de aligerar las tensiones.

—¿Cómo?

—¿Si le gustó el libro a Braulio?

Ella intentó vanamente sonreír. Levantó la mirada hacia el techo, como una niña que no se aprendió la lección u oculta un secreto infantil. Un atisbo de su juventud perdida se asomaba.

—Con sinceridad, me dijo que era una novela muy aburrida.

—Bueno, así me evita una mala lectura.

Esta vez la sonrisa se marcó en su rostro.

—Le pido que se quede con el libro. A mí me enviaron otro ejemplar y este ya lo dieron por extraviado —mentí.

—No lo puedo permitir.

—Déjelo así, por favor. Además, creo que no debí venir a molestarlos —confesé.

—No, usted tuvo todo el derecho de reclamar lo suyo.

Me levanté y le dije que tenía que marcharme. Ella solo asintió con un ligero movimiento de cabeza. Fui hasta la puerta y, al detenerme, di media vuelta, creyendo que la tendría detrás de mí, pero ella no me había seguido. Se mantuvo en la sala. No supe qué hacer. Margarita me observaba, indecisa, envuelta en una desesperanza que en ese instante me hubiera encantado desaparecer. Me despedí de ella, abrí la puerta y, a mi paso lento, sentí su mirada súbitamente intensa sobre mí. Me juré no volver, aunque era consciente de que yo no cumpliría con mis palabras.

De regreso a casa ya tenía decidido llevar otros libros a Braulio Mendoza. Busqué todos los sobres que yo había recibido de la editorial y les coloqué un papel adhesivo, tal como había hecho Margarita. Los primeros paquetes los dejé con la sirvienta, quien me veía extrañada, precisándome a cada entrega que la señora Margarita no estaba de acuerdo. Pero una tarde fue la propia Margarita quien bajó a reci-

bir el nuevo libro. Al verla venir creí que recriminaría mi proceder; no obstante me lo agradeció, porque, según ella, su esposo estaba menos irritable, aunque su enfermedad no parecía revertir.

Desde ese día escribí muchas reseñas de la misma editorial, a pesar de las suspicacias de mis compañeros de redacción y los exagerados agradecimientos del editor, quien, gracias a lo que yo esperaba, abundó en envíos de publicaciones recientes. Y mientras redactaba estos artículos, Adriana se aproximaba a mis espaldas, contenta de ver mi entusiasmo y, cruzando sus brazos alrededor de mi cuello, leía en la pantalla cada palabra que yo escribía pensando en el libro de turno. Afortunadamente ella no controlaba el destino de estos libros y con seguridad creía que estos ejemplares se perdían en el laberinto de mis estantes.

Cierto día Margarita me reveló que sabía previamente qué libro le dejaría, pues leía las reseñas que aparecían días antes en la revista que ahora ella compraba sin falta. Aquí debo aclarar que nuestras conversaciones solían ser bastante breves, al menos hasta la tarde en la que, con evidente ofuscación, me pidió que la llevara a otro sitio, a algún café quizás. Me confesó que Braulio esos días estaba atravesando una crisis terrible y que ella no lo podía controlar más. Por eso en el departamento había preferido dejar a la sirvienta y a una enfermera que acababa de contratar a sugerencia del médico.

Sin medir mi imprudencia le sugerí ir a un café algo apartado, pero me respondió que eran muy pocas las veces que ella salía y que nadie repararía en ella ni la reconocería.

—Solo recuerdan a una mujer joven, no a mí.

Dimos unas vueltas sin rumbo fijo y, casualmente, llegamos a un café en el límite entre su distrito y el mío.

—Mi casa está del otro lado —le dije.

Ella pareció no escucharme. Encendió un cigarrillo y lo aspiró con fruición.

—El primer cigarrillo en meses —dijo.

La débil humareda por momentos le brindaba una seguridad que a ella le hubiera gustado mantener aquella tarde, pero cuando acabó los pocos cigarrillos que le quedaban, su rostro volvió a aquella belleza opaca que me movió a rozarle la mano en más de una oportunidad.

De regreso, ya dentro de su edificio y a solo un piso de su departamento, nuestros pasos se resistieron a avanzar. Entonces Margarita se recostó sobre uno de los lados del pasillo, cerca de la escalera, y, mirándome con dolida ternura, me pidió que la besara.

Los siguientes libros que llevé también fueron leídos por Margarita. Ello me obligó a que mis reseñas en parte también fueran escritas para ella. De alguna manera quería compartir mis impresiones, a pesar de nunca hablar de los libros que le dejaba para su esposo y ahora para ella.

Las salidas al café continuaron, pero, cuando regresábamos a su departamento, la timidez no permitió que los besos se repitieran. Solo algunas veces la abracé, buscando con torpeza unos labios que se resistían a los míos; y al parecer nos deleitábamos escasamente con nuestras respiraciones agitadas, únicas dádivas que nos fueron permitidas.

En uno de los pasillos del edificio, yendo a la casa de Margarita, con una novela escrita por un amigo y recientemente editada, me topé con un anciano que era llevado del brazo por un hombre que parecía ser su hijo. El anciano al verme quedó notoriamente impresionado.

—Es él —dijo débilmente.

—No, papá. No incomodes al señor. ¡Vamos!

Continué subiendo las escaleras, sin dar mayor importancia al incidente. La sirvienta me recibió. Me dijo que la enfermera no había venido ese día y que la señora Margarita estaba hablando por teléfono, pero que pasara igual, que ella me atendería pronto. Efectivamente, Margarita estaba sentada junto a una consola, hablando por teléfono. Me saludó agitando los dedos y, señalando la sala, me indicó que la esperara allí. La obedecí y me dediqué a observar sus delicados adornos. Desde donde yo estaba no alcanzaba a ver a Margarita; solo oía su voz. De pronto me di cuenta de que estaba cerca de la habitación de su esposo. La puerta estaba ligeramente entornada. Eso me decidió a asomarme, conocer al fin a Braulio Mendoza, la persona que aniquilaba el esplendor de esta mujer que me necesitaba. Lo primero que descubrí fue un tanque de oxígeno junto a la cama, del cual salía una cánula que estaba conectada al otro extremo con una mascarilla que cubría parte del rostro de un hombre muy enfermo. Seguramente él dormía bajo efectos de sedantes. Parecía mucho mayor que Margarita, aunque era seguro que tenía menos años de los que aparentaba. Aún así, era imposible no ver en él a un hombre agónico. Cruzé la puerta y, más cerca de él, quedé sorprendido y espantado del parecido entre Braulio y yo. Sus labios delgados, su mentón anguloso, sus pómulos ahora resecos, eran una lacerante simulación de mis facciones. Retrocedí unos pasos y tropecé con el marco de la puerta. Sin dejar de observar a Braulio, temiendo que se despierte, llevé las manos hacia atrás, tanteando la superficie y buscando asirme de algo. Las aparecidas manos de Margarita me rescataron. Ella me sacó de la habitación como quien muestra la salida de un laberinto.

Le di un beso en la frente y le dije que no podía quedarme más en esa casa. Ella pareció entenderme y se despidió con un débil beso en los labios.

—Quería decirte que iremos a Estados Unidos para probar otro tratamiento. Nos dicen que el lugar es semejante a una casa de reposo

—nunca supe si lo dijo para tranquilizarme. Le deseé mucha suerte y salí de su departamento, ya sin sentir ninguna mirada a mis espaldas.

Al llegar a la entrada del edificio, noté que el anciano y el hombre estaban dentro de un auto estacionado a solo un metro, con las ventanillas bajadas, viéndome salir.

—Te dije que era Braulio... Es mi hijo. Llámalo —clamó el anciano.

Fingí no oír y me encaminé en sentido contrario, hacia mi casa. Luego escuché el encendido del auto y volteé a ver como este avanzaba con lentitud, subiendo automáticamente las ventanas polarizadas, tras las que desaparecía el rostro del anciano, quien no había dejado de mirarme, incrédulo a lo que seguramente le decía su acompañante.

ÍNDICE

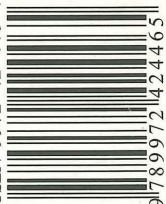
RETORNO	9
PUERTAS MARRONES	19
LA OFRENDA	25
LOS CLIMAS	37
LA HERIDA	51
FAMILIA	61
RETRATOS FAMILIARES	69
ÚLTIMA VISITA	79



RICARDO SUMALAVIA Retratos familiares

En *Habitaciones*, su primer libro de cuentos, Ricardo Sumalavia nos mostró un universo peculiar, construido por historias fragmentadas, instantes de sugerencia y revelación. Ahora, ese universo peculiar en nuestra narrativa se ve ampliado en *Retratos Familiares*, una nueva exploración de los hombres que transitan por una ciudad tan real como imaginaria, una presencia dominante que somete a los protagonistas a vivir experiencias inusitadas, donde el misterio y la ambigüedad se nos presenta como algo cotidiano, sin dejar de contener una perturbadora atracción. Por lo demás, Ricardo Sumalavia ofrece al lector no solo unos argumentos conmovedores sino el encuentro con una estética narrativa que quiebra las convenciones del relato y se debate, constantemente, en los límites de toda convención literaria, alejándose así de todos para asumir una voz propia e inigualable dentro de nuestra literatura.

ISBN 9972-42-446-4



9 789972 442446